

EL REPARTO

marcus sidereo

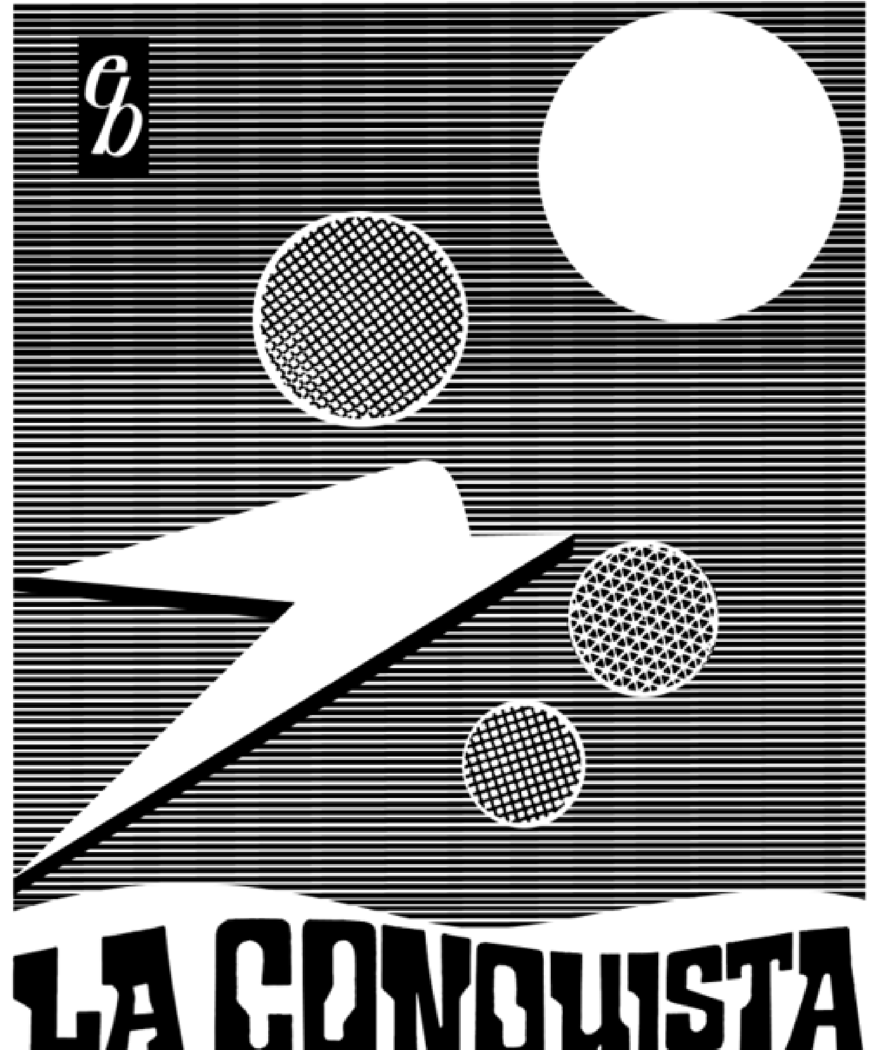
CIENCIA FICCION



EL REPARTO

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

1. —Señores de las estrellas, *A. Thorkent.*
2. — Sello mortal, *Glenn Parrish.*
3. — La nube cósmica, *Ralph Barby*.
4. —Enigma en Sural, *A. Thorkent.*
5. — Expedición al infinito, *Glenn Parrish.*

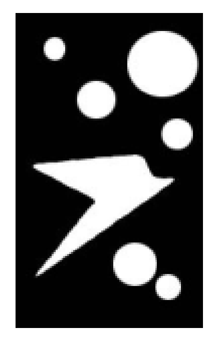
MARCUS SIDEREO

EL REPARTO

Colección

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.
° 337**

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 46.664 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1. a edición: enero, 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así **como las situaciones de la misma,** son **fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier** seme**janza con personajes, entidades** o he**chos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,** S. A.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1977

PROLOGO

NUEVA ERA SIGLO PRIMERO

Estos sucesos acaecidos en las postrimerías del siglo XX de la llamada Era Cristiana, cambiaron por completo la faz del planeta Tierra. ¡Y cómo la cambiaron!

En realidad nunca se supo cómo y dónde empezó el *final.* Pero fue todo muy rápido.

Para una ciudad de gran resonancia mundial la cosa dio principio una mañana cualquiera del año 1999.

Como seria prolijo enumerar a todas las personas importantes o no que fueron pioneros de la catástrofe, los historiadores han elegido al azar a unos pocos circunscritos en una de las zonas periféricas residenciales de esa ciudad de la Gran Europa.

De un modo u otro ese puñado de seres estaban vinculados entre sí, y antes de que “empezara todo” eran totalmente ajenos a los hechos.

Se trataba de gentes pacíficas, corrientes, como por ejemplo:

El profesor Herm Handers y su esposa Inger. Matrimonio cuarentón, jóvenes aún en esa época de hormonas revitalizadoras.

Los Lindstrom. Karl y Rosy, fueron otros de los afectados. Diez años y pico mayores que los Handers pero unidos por una estrecha amistad. Karl recopilaba datos históricos para una Editorial.

Alina, hija de los anteriores, una muchacha que soñaba con ser feliz como todas las muchachas de 20 años.

Irving Hess. Una auténtica promesa convertida en realidad para la ciencia, 25 años. Trabajaba de firme y sabía divertirse. Tenía una enorme capacidad. Su *hobby* era Alina. Se querían.

Krupmann, el joven y rubio agente. Elegante dentro de su uniforme. Eficiente en el trabajo, soñador ante Alina. Sí, le gustaba la chica.

Estaba también Delmayer, uno de los ayudantes del profesor Herm Handers. Debía tener unos sesenta años. Una vida entregada a la ciencia. Jamás llegó tarde a su trabajo. Jamás… hasta aquel día…

Wikers. El jefe de laboratorio. Y Stamalikov y muchos otros…

No. Sería imposible completar la lista de una ciudad con un censo de cinco millones de almas. Por eso los historiadores se han ceñido a los descritos para que baste como muestra de lo que fue en todo el planeta lo que se llamó:

EL REPARTO

CAPITULO PRIMERO

La furgoneta avanzaba por aquella calle de la zona residencial, uno de los escasos distritos donde aún existían casas individuales separadas por pequeños jardines y todavía era posible respirar.

El vehículo se detuvo frente a una de aquellas casas. El conductor, un muchacho joven y de aspecto dinámico se apeó, dio la vuelta a la furgoneta, abrió la puerta trasera y sacó un paquete de reducidas dimensiones, perfectamente embalado. Sobre el paquete se distinguía el nombre y señas de su destinatario. Karl Lindstrom, y más abajo del nombre y número de la calle una letra de gran tamaño. La letra K.

El repartidor llamó el timbre y esperó a que le abriera la puerta una mujer de unos cuarenta y pocos años.

—¿Qué desea? —preguntó amablemente.

—¿El señor Lindstrom?

—Sí. Aquí es.

—Un paquete urgente de la sociedad K. Tome —y le entregó el envoltorio que por su formato podía parecer que se tratase de un libro.

—Mi marido no está en casa en este momento. De todos modos puede dejarlo. Se lo daré en seguida que regrese.

—Claro, señora. Tómelo usted.

—Tengo que firmar algo —preguntó ella.

—No, no.

—¿De dónde ha dicho que viene ese paquete?

—De la sociedad K. Seguro que a su marido le interesará.

—¿Sociedad K? Mi marido nunca me ha hablado de esa sociedad. Pero, en fin…

El repartidor sonrió murmurando.

—Si su marido es Karl Lindstrom, de la Editora Bergman, seguro que le interesará. Nada más, señora. Muchas gracias por su atención. Adiós.

La señora Lindstrom se quedó algo perpleja en la puerta viendo alejarse la furgoneta conducida por aquel simpático joven.

Su hija Alina apareciendo del interior de la casa la sacó de aquella especie de abstracción en que parecía hallarse sumida.

—¿Qué haces en la puerta, mamá? ¿Qué es esto? —La muchacha de unos veinte años poco más o menos señaló el paquete.

—El caso es que no lo sé. Lo trajo un joven. Muy simpático, pero un tanto extraño. Y no sabría decir por qué…

—¿Extraño? Le vi por la ventana. A mí me haparecido absolutamente normal. Y atractivo.

—Sí, es posible.

—Bueno. Abre el paquete —dijo la joven.

—No seas curiosa. Es para tu padre.

—Déjame ver. Parecen libros. ¿Eh? No me extraña. Ni siquiera cuando está en casa deja sus libros. Parece como una obsesión.

—Es su trabajo, hija.

—No sé que espera para arreglar su estudio. Ya casi no cabe nada ahí dentro —y señaló la puerta cerca de la escalera que conducía

a los dormitorios ubicados en la planta superior.

La señora Lindstrom, pensativa, preguntó:

—Oye, Alina. ¿Tú le has oído a tu padre mencionar alguna vez una sociedad llamada K?

—¿K? ¿Y qué más?

—Nada más. Sociedad K. Eso es lo que ha dicho el mensajero. Y además ha insistido en que era urgente. Quizá debería avisar a tu padre. Puede que lo esté esperando.

Alina se encogió de hombros y murmuró.

—Debe tratarse de algún círculo de lectores. Ahora ya casi nadie lee. Se empeñan en comprimir los textos y darlos grabados, pero algunos editores se empeñan en captar nuevos clientes. ¡En fin! Yo tengo que irme. Irving me está esperando. ¡Ah! Recuerda que llegaré un poco tarde. Iremos a cenar. Díselo a papá para que no esté intranquilo.

—Sí, hija.

Después de besar a su madre, Alina salió a la calle dejando a su madre con el paquete todavía entre las manos como si hubiese quedado atontada.

Reaccionó, dejando el envoltorio sobre un mueble al tiempo que hablando consigo mismo exclamaba:

—Cualquiera diría que no tengo nada que hacer —y se dirigió hacia la cocina. Era hora de pensar en la cena.

No llamó a su esposo en la Editora porque pensó que ya no podía tardar demasiado. Eran las seis. Calculó que dentro de media hora ya le tendría en casa.

* * *

El profesor Herm Handers de los laboratorios centrales de investigación general se hallaba todavía trabajando entre un mar de

papeles llenos de ecuaciones, logaritmos y extraños apuntes.

Para Handers nunca llegaba el momento de dejar el trabajo. Lo que hacía en el laboratorio más que una tarea constituía un auténtico *hobby,* una distracción de la que difícilmente podía sustraerse.

Casi todos se habían ido ya, excepto el joven Irving, que pese a su joven edad —unos veinticinco años aproximadamente—, había pasado de promesa a ser una auténtica realidad en el campo de la investigación.

Irving, aunque no pertenecía a la sección de Handers, entró en su despacho para despedirse.

—Son más de las seis, profesor. Voy a marcharme.

—Claro, claro, muchacho. Yo aún me quedaré un rato más.

—para no perder la costumbre, ¿eh? A mí también me fascina el trabajo. Pero hoy tengo una cita.

—Claro, hombre. Puedes irte.

—Sólo quería preguntarle si necesita algo. Ya no queda nadie excepto el personal de guardia.

—Gracias, Irving. Que te diviertas.

El joven salió dejando solo a Handers para dirigirse al lugar donde había citado a Alina Lindstrom.

* * *

Karl Lindstrom había sido puntual como casi siempre. Alrededor de las seis y media había llegado a su casa, y tenía ya en sus manos el paquete que le había entregado su mujer.

—No —murmuró—. No conozco a ninguna sociedad con ese nombre. Puede que se trate de propaganda.

Se encerró en su atiborrado despacho y sacó el envoltorio encontrándose con un aparato rectangular de material liviano, pero resistente. Era ni más ni menos que un magnetófono.

Lógicamente dio la vuelta al botón para ponerlo en marcha. Escuchó un “clic” y seguidamente empezó a sonar la música.

¿Música? ¿Era música realmente?

En breves momentos Karl Lindstrom quedó abstraído por lo que estaba escuchando.

Aquella música extraña era algo imposible de definir. Ya desde los primeros compases notó como si algo cambiara en él.

Después...

Después tuvo la sensación de adormecerse ligeramente aunque en ningún momento dejó de percibir aquel sonido sin ritmo alguno, sin melodía alguna... ¿Puede existir realmente música sin ritmo y melodía?

Aunque pareciese un contrasentido, lo que oía era realmente fascinante. A pesar de su extraña monotonía tenía algo... algo especial que transformaba, que elevaba el espíritu..

A Linstrom le pareció lo más hermoso que se había inventado. Para definirlo pensó que aquel sonido que reproducía el magnetófono tenía una nueva dimensión desconocida hasta la fecha. Era un concepto revolucionario que a nadie se le había ocurrido poner en práctica antes. Y resultaba todo tan fácil..., y tan complicado a la vez.

Lentamente aquellos sones se le fueron metiendo en el cerebro, Como si la extraña música tratara de hablarle, de inculcarle cosas, cosas que iban profundizando en su mente, anulando la propia personalidad.

Con un esfuerzo Lindstrom se impuso a sí mismo, rompiendo momentáneamente con lo que parecía un hechizo.

Deseaba mantenerse absolutamente despierto, y le costó un gran esfuerzo pulsar el botón para cerrar el magnetófono.

El sonido cesó y Lindstrom se encontró como vacío por dentro. Toda la placidez que momentos antes invadía su rostro se esfumó para convertirse en intranquilidad y desasosiego.

Aterrado, comprobó que *necesitaba* oír nuevamente aquellos sonidos. Lo necesitaba. Se le hacía tan imprescindible como la droga para el viciado.

Redoblando su esfuerzo, luchando por mantener su lucidez, tomó el teléfono y marcó un número.

* * *

Cuando sonó el timbre del teléfono del despacho de Herm Handers, el profesor pensó que se trataba de su esposa.

—Casi las siete —dijo para sí consultando su reloj—. La verdad es que Inger tiene toda la razón del mundo. Apenas paro en casa…

Tomó el auricular y se extrañó de oír la voz lejana y angustiosa de su buen amigo Karl Lindstrom.

—Her… Soy yo. Karl… ¿Me oyes?

—Sí, te oigo. Pero tu voz suena un poco rara.

—Soy yo, soy yo —insistió el amigo—. Tengo que decirte algo muy importante. Escúchame, por favor. Escúchame y no me hagas preguntas…

—¿Qué te pasa, Karl? Te encuentro extraño.

—Por extraño que te parezca lo que voy a decirte, dame tu palabra de que vas a hacer lo que yo te diga. Eres el único amigo en quien puedo confiar…

—¡Pero, Karl! ¿Qué es lo que te sucede? Casi me cuesta trabajo reconocer tu voz? ¿Estás enfermo?

—No lo sé, Herm, y ahora eso importa poco. Sólo te pido tu palabra… Sin preguntas, Herm. ¿Comprendes? Apelo a tu amistad.

—Sabes que puedes contar conmigo, Karl. Lo sabes. Y tienes mi palabra de hacer por ti lo que sea preciso, pero la verdad es que no acierto a comprender. .

—Escucha, Herm. Escucha y no me interrumpas.

—De acuerdo.

—Se trata de mi mujer y mi hija.

—¿Rosy y Alina? ¿Es que no se encuentran bien? ¿Están enfermas?

A Karl Lindstrom evidentemente le era cada vez más difícil hablar y Herm Handers, comprendiéndolo le instó.

—Bueno, habla, por favor.

—Ellas están bien... por ahora. Tienes que sacarlas de casa. ¿Comprendes? Llévatelas a la tuya. A las dos. A Rosy y a Alina. ¡Tienes que hacerlo cuanto antes! —La voz de su amigo sonaba como un grito desesperado. Y siguió.

—Herm, Es posible que vuelva a llamarte y que cambie de opinión, pero tú no debes hacerme ningún caso. ¿Comprendes? Bueno. Ya sé que no es fácil de entender, pero insisto. Lo “bueno”, lo que "vale” es lo que te estoy diciendo en estos momentos. Lo que pueda decir más tarde ya no tendrá importancia. Es lo de ahora, Herm. Lo que te pido en este momento es irreversible. Confío en ti, amigo mío. Es un caso de vida o muerte.

—¿Desde dónde me llamas, Karl? —preguntó el profesor.

—Desde mi casa. Estoy encerrado en mi despacho. Escuchando música. Esa música...

—¿Qué música?

Para cualquiera que no hubiera conocido a Lindstrom como le conocía Herm, aquellas palabras hubieran podido parecer las de un demente, pero el profesor intuía que aquellas vaguedades o incoherencias debía tener forzosamente su razón de ser.

—Una música, Herm... Una música. No puedo. . No puedo decirte nada más.

—¡Karl! ¿Me oyes, Karl?

Pero la voz del amigo ya no volvió a sonar y tras alguna insistencia, Herm escuchó el chasquido indicativo de que la comunicación había sido cortada.

Pensó que era necesario averiguar lo que ocurría. Y tenía que hacerlo cuanto antes.

Lo primero era pues ir a casa de Karl Lindstrom.

CAPITULO II

Inger Handers rondaba los cuarenta años, pero viéndola no lo parecía. Se la veía joven, esbelta, ágil y sobre todo hermosa.

Cuando su marido le dijo que antes de ir a casa pasaría un momento por el hogar de los Lindstrom no se extrañó lo más mínimo dada la amistad existente entre los dos matrimonios.

—Procura no tardar —fue lo único que le recomendó—. ¡Ah! Y diles que vengan cualquier día a cenar. Ahora les toca a ellos. Y así es del único modo que vengas temprano a casa.

Herm no hizo ningún comentario. Estaba demasiado preocupado pensando en aquel misterio que le había planteado Karl.

No le había dicho a su mujer los verdaderos motivos de aquella visita a casa de los amigos, porque en realidad ni el mismo los sabía.

Cuando llamó el timbre de la puerta se sentía algo turbado, cosa poco habitual en él.

Le abrió Rosy Lindstrom.

—¡Hola! —saludó.

—¿Tú por aquí? ¿Has venido solo? —preguntó Rosy sorprendida.

—Sí, sí… ¿Está tu marido en casa?

—¿Quieres hablar con él?

—Bueno, en realidad… —No sabía cómo enfocar la cuestión y preguntó por Alina—. ¿Está tu hija también?

—No. Se ha ido. Volverá algo tarde. Llamaré a Karl.

Está en su despacho. Se ha encerrado allí con ese paquete que le han mandado de una sociedad.

—¿Un paquete?

—Sí, libros, supongo. O no sé…

—¿Libros?

—Te digo que no lo sé. Lleva casi dos horas metido ahí dentro.

—Bien. No le molestes.

—Si tenía que llamarle de todos modos. Tengo la cena preparada. Además, ¿Cómo ibas a molestar tú?

—Oye, Rosy… ¿Has oído música? Me refiero si has oído que tu marido escuchara música.

—No, no. Bueno. He estado en la cocina. ¿Música? ¿Por qué lo preguntas?

—¿Cuándo le han traído ese paquete a Karl?

—Pues… A eso de las seis. Sí, creo que eran las seis.

—¿Y quién se lo mandó?

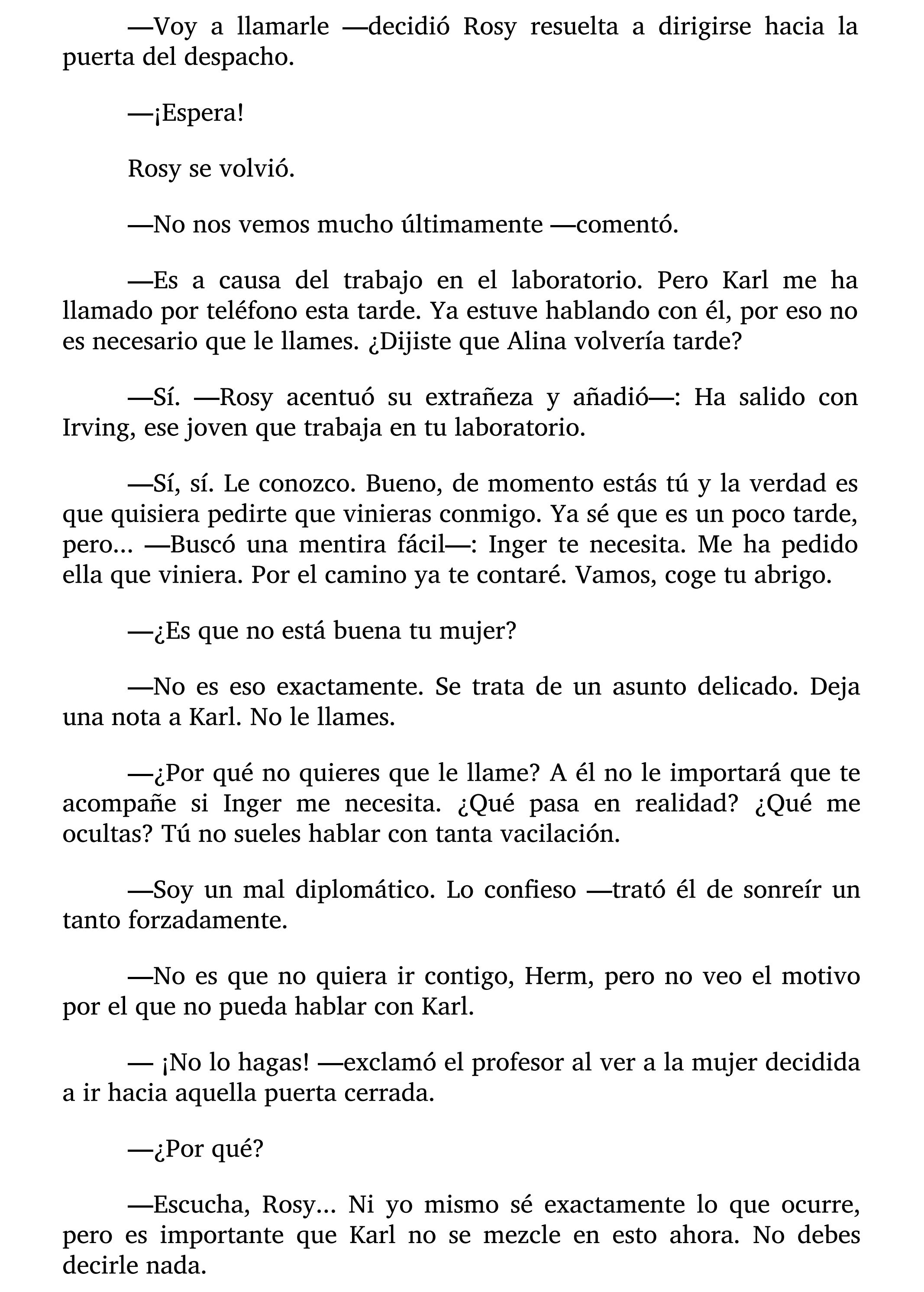
—Quizá tu conozcas esa sociedad. Se llama K. Nada más. ¿Extraño, no? Pero ¿por qué me haces estas preguntas?

Rosy había comenzado a intrigarse y Karl no acababa de encontrar el modo de enfocar la cuestión.

—Curiosidad. Los científicos somos curiosos.

—Pero ¿Conoces esa sociedad K?

—No, por supuesto. Pero ya saldremos de dudas.



—Voy a llamarle —decidió Rosy resuelta a dirigirse hacia la puerta del despacho.

—¡Espera!

Rosy se volvió.

—No nos vemos mucho últimamente —comentó.

—Es a causa del trabajo en el laboratorio. Pero Karl me ha llamado por teléfono esta tarde. Ya estuve hablando con él, por eso no es necesario que le llames. ¿Dijiste que Alina volvería tarde?

—Sí. —Rosy acentuó su extrañeza y añadió—: Ha salido con Irving, ese joven que trabaja en tu laboratorio.

—Sí, sí. Le conozco. Bueno, de momento estás tú y la verdad es que quisiera pedirte que vinieras conmigo. Ya sé que es un poco tarde, pero... —Buscó una mentira fácil—: Inger te necesita. Me ha pedido ella que viniera. Por el camino ya te contaré. Vamos, coge tu abrigo.

—¿Es que no está buena tu mujer?

—No es eso exactamente. Se trata de un asunto delicado. Deja una nota a Karl. No le llames.

—¿Por qué no quieres que le llame? A él no le importará que te acompañe si Inger me necesita. ¿Qué pasa en realidad? ¿Qué me ocultas? Tú no sueles hablar con tanta vacilación.

—Soy un mal diplomático. Lo confieso —trató él de sonreír un tanto forzadamente.

—No es que no quiera ir contigo, Herm, pero no veo el motivo por el que no pueda hablar con Karl.

— ¡No lo hagas! —exclamó el profesor al ver a la mujer decidida a ir hacia aquella puerta cerrada.

—¿Por qué?

—Escucha, Rosy... Ni yo mismo sé exactamente lo que ocurre, pero es importante que Karl no se mezcle en esto ahora. No debes decirle nada.

En aquel instante se abrió la puerta del despacho, y apareció Karl Lindstrom en el umbral con una sonrisa en el rostro mirando

incisivamente a su amigo al tiempo que preguntaba.

—¿Qué es lo que Rosy no debe decirme, Herm?

El profesor aguantó aquella mirada, y tras reponerse de la sorpresa, carraspeó.

—Bueno... El caso es que no quería que te importunaran. Necesito que Rosy me acompañe. Inger no se encuentra bien.

—¿Qué tiene?

—Nada en particular, Karl, pero me pidió que Rosy...

Karl sonrió sin dejar de mirar a su amigo como si se tratara de un acusado.

—Te estás comportando de un modo extraño, amigo...

—Perdona, Karl, si pudiéramos hablar unos instantes a solas.

—Puedes hacerlo delante de mi mujer, Herm. Yo nunca he tenido secretos para ella.

—Es que...

—¿Qué diablos te pasa, Herm? Pareces nervioso. Habla sinceramente. Estás entre amigos, ¿no?

—Porque soy amigo tuyo estoy aquí.

—No entiendo nada. Y no me gusta tu actitud.

—No está bien que tú digas esto, Karl. Sabes lo que hablamos y...

Herm se mordió la lengua para no replicar. Pero recordaba perfectamente las palabras que su amigo le había recalcado: “Lo que digo ahora es irreversible”. “Es lo bueno”. "Lo que vale”. “No me hagas caso si cambio de opinión...”

Y pensó en aquel grito angustioso pidiendo ayuda de forma desesperada.

Rosy rompió el breve silencio para calmar la tensión que acababa de producirse:

—Inger está enferma. Se trata de eso, Karl. Herm me lo estaba diciendo cuando tú apareciste.

—Si Inger no está bien que llame a un médico. ¿Es lo lógico, no? —replicó Karl con una sonrisa.

—Karl... Me gustaría hablar contigo... Insisto —repuso su amigo un tanto incómodo por una situación que él no había provocado.

—Te dije que lo hicieras. ¡Vamos, habla! No me gustan los misterios.

—Es... referente a tu llamada telefónica —soltó Herm vacilante.

—¿Mi llamada? ¿Qué llamada? —Y Karl avanzó hacia él clavándole los ojos,

—Lo siento. Adiós, Karl —Herm comprendió que era mejor no hablar, aunque evidentemente algo extraño sucedía.

Salió de la casa y el propio Karl cerró la puerta de un golpe.

Desde fuera aun pudo oír como Rosy le decía a su marido.

—¿Pero qué pasa?

—A mí nada. ¿Por qué lo preguntas, querida?

—No está bien la forma que te has comportado con él. No está bien. Somos amigos.

—Si tiene problemas que se los solucione. No estaba muy claro el motivo de su visita. ¿No te has dado

cuenta?

Tras un silencio Rosy inquirió:

—El dijo que le habías llamado por teléfono. ¿Es cierto?

—Claro que no, Rosy. Claro que no. Eres demasiado confiada. Crees lo primero que te dicen.

Herm ya no quiso escuchar más. Subió a su automóvil y se alejó. Su casa estaba a seis manzanas.

CAPITULO III

—Yo no le daría tanta importancia, Herm —comentó Inger cuando su esposo le hubo explicado el desarrollo de la entrevista.

—Pero admite que todo esto es muy extraño.

—Sí, por supuesto que lo es, pero ya conoces a Karl y sus frecuentes cambios de humor.

—Aquí hay algo serio, Inger. Algo que me preocupa realmente —dijo Herm— Karl no me hubiera llamado al laboratorio, no me hubiese hablado de la forma en que lo hizo.

—¿Pero qué te dijo exactamente? —preguntó Inger.

Su marido extrajo la pequeña grabadora y la puso en marcha. La conversación que habían sostenido él y Karl unas horas antes fuera reproducida:

”—…¿Pero de qué se trata? —instó Herm.

”—Van a ocurrir cosas. Aún no sé cuáles. No me preguntes. Pero quiero que salves a mi mujer. Quiero que la salves de mí mismo.

”—¡Karl! ¿Qué demonios estás diciendo?

Es esa música, Herm. Es igual que un veneno. Una droga. Eso es.

Una droga. Sé que voy a cambiar radicalmente. Salva a Rosy. Sálvala. Llévatela lejos. No puedo decirte más porque no sé nada más. Lo único que me parece cierto es que después será tarde. Demasiado tarde. Haz lo que te pido...

Herm cortó la reproducción haciendo notar a su mujer.

—Era un grito angustiado, Inger. El grito de quien necesita realmente ayuda... —Luego, pensando en lo que le había dicho Rosy, añadió—: Tengo que encontrar a su hija. Tal vez ella sepa algo. Está cenando con un amigo.

—¿Y por qué vas a importunarla ahora? Además, ¿dónde quieres encontrarla?

—No lo sé. Pero insisto en que el asunto me parece grave.

—¿Por qué no lo dejas para mañana, Herm? Es ya tarde. Verás cómo mañana todo se resuelve por sí mismo.

—Mañana puede ser demasiado tarde.

—¿Tarde para qué?

—No lo sé, Inger. De veras que no lo sé.

* * *

Alina estaba bailando con Irving en uno de esos restaurantes donde el tiempo parece haberse detenido en la misma época de su construcción. El lujo refinado en todos los detalles sin el menor atisbo modernista contrastaba con la época, pero resultaba acogedor y sobre todo caro, que por algo era el último vestigio de una era ampliamente superada.

Pero la gente lo pasaba bien allí. La gente que tenía dinero para poder costear una cena, o un simple aperitivo. La gente que todavía no había perdido el gusto por la elegancia. La gente, en suma, que tenía una efemérides para celebrar y gustaba de sentirse arropada por antiguas y envolventes melodías que desgranaba la gran orquesta del local.

—¿Y tú y yo qué celebramos, Irving? —preguntó ella cuando al concluir la melodía su joven y elegante acompañante la tomo del brazo para llevarla a la mesa donde un camarero esperaba para servir el aperitivo.

—¿No te lo dije? Me han nombrado adjunto del profesor Vickers. Tendré despacho y laboratorio propio. Me llamarán señor. ¿Te parece poco?

—Me parece que hubiéramos podido celebrarlo en otro sitio.

—¿Lo dices por tus ropas? —preguntó él como si basta entonces no se hubiera percibido de las ceñidas prendas deportivas con que se cubría la muchacha.

—;Bah! Eso no me importa. Cada cual viste según su rusto Lo digo por ese derroche. Dijiste que querías ahorrar.

—Ya no me va a hacer ninguna falta, querida. Mi sueldo me releva de todo propósito de ahorro. Ganaré tanto dinero que puedo empezar a comprar una casa ahora mismo. Una casa que por supuesto me gustará compartir contigo. ¿Te extraña mi proposición?

Ella rio divertida sentándose.

—Claro que no, tonto. Esperaba que dijeras esto. Pero el dinero no me fascina,

—Podremos vivir como un par de asquerosos burgueses del año 2000. ¿Sientes asco?

—Estoy contenta de que lo hayas decidido, Irving. Pensé que tendría que acabar por pedírtelo yo.

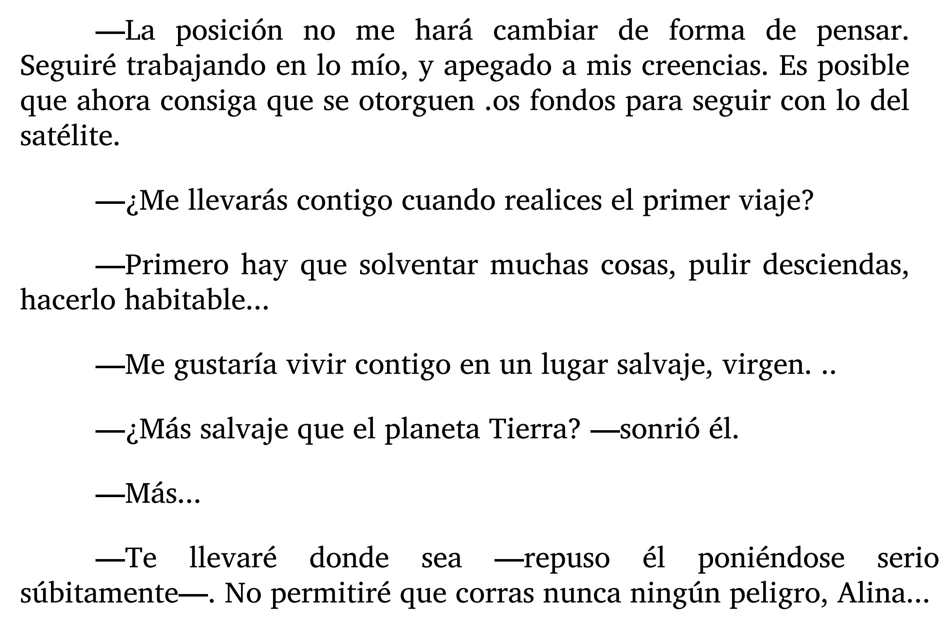
—Jamás me hubiese atrevido de privarte de tus comodidades.

—¡Al diablo las comodidades! —rió ella mientras el camarero servía los martinis.

—Pues yo voy a brindar por ellas. Por el futuro. Por el maravilloso futuro que nos espera.

—Y yo por tus próximos descubrimientos. Para que consigas ese mundo mejor. . aunque seas un cochino burgués.

Bebieron alegres. Luego más seriamente Irving comentó :



—La posición no me hará cambiar de forma de pensar. Seguiré trabajando en lo mío, y apegado a mis creencias. Es posible que ahora consiga que se otorguen .os fondos para seguir con lo del satélite.

—¿Me llevarás contigo cuando realices el primer viaje?

—Primero hay que solventar muchas cosas, pulir desciendas, hacerlo habitable...

—Me gustaría vivir contigo en un lugar salvaje, virgen. ..

—¿Más salvaje que el planeta Tierra? —sonrió él.

—Más...

—Te llevaré donde sea —repuso él poniéndose serio súbitamente—. No permitiré que corras nunca ningún peligro, Alina...

—¿Peligro? ¿Crees que nos acecha algún peligro? ¿Alguna invasión extraterrestre?

—No bromees con estas cosas. Te lo digo en serio. No bromees. —Y Irving quedó profundamente pensativo.

* * *

—El acompañante de Alina es Irving. Me lo dijo Rosy —dijo Inger a su marido.

—Irving Hess, lo sé—replicó Herm—. Un muchacho con un gran porvenir. Superó las pruebas para tripular naves espaciales y trabaja en un proyecto para el satélite. Me parece... me parece que suele reunirse en el Club Lorna.

—¿Lorna? —sonrió su esposa.

—Sí. Es el pobre del satélite. Voy a llamar allí. Quizá Alina esté también.

—Si insistes en darles la noche —comentó Inger encogiéndose de hombros.

—Estaré más tranquilo —repuso Herm.

Quien contestó la llamada de Herm Handers informó que Irving no estaba allí, pero ante la insistencia de éste, el que estaba al otro lado del hilo replicó:

—Voy a preguntar por si alguien le ha visto. Espere un momento.

—Es muy importante que dé con él. Sé que está con una chica. La hija de un amigo mío, la señorita Alina. Quizá la conozcan.

—Sí, creo que ha venido algunas veces con él. Un momento, por favor.

Tras una espera que a Herm le pareció demasiada larga, su informante tomó otra vez el aparato para decir.

—En efecto, señor. Irving ha salido con Alina. Parece que han ido a cenar. Él lo comentó. Quería celebrar su ascenso. Dice que estaba muy eufórico.

—Sí, claro. Era para estarlo. Pero ¿sabe usted el sitio dónde han ido?

—Esto no lo sé. Pero por ahí se comenta que pensaba ir a celebrarlo en grande. Es todo lo que puedo decirle.

Cuando Herm colgó se volvió hacia su mujer y preguntó:

—Cuando se quiere celebrar una cosa por todo lo alto... ¿dónde se suele ir?

* * *

Evidentemente sólo había un lugar auténticamente diferente en toda la ciudad. Un local de los que ya iban quedando muy pocos en todo el orbe, o quizá ya no quedaba ninguno como aquél.

Herm conducía el automóvil llevando a su esposa consigo.

—No creo que Irving y Alina sean de esa clase de parejas que acudan a esos sitios —comentó ella.

—Por intentarlo no se pierde nada. Y es importante que hable con Alina. Cada vez estoy más convencido de que a Karl le ocurre algo realmente grave. Y ojalá supiera de qué se trata.

El local estaba en el barrio antiguo. En lo poco que quedaba de unas generaciones conservadoras que dieron paso al desmesurado afán de renovación acabando con todo lo que al decir de muchos, tenía algo de auténtico valor.

Ahora la ciudad, dejando al margen los núcleos satélites rodeados de raquíticos jardines, se había convertido en una mole acristalada, soportada por millones y millones de metros de tubo de aluminio y contaminada por la indestructible polución.

Todo era uniforme. Una ciudad no se distinguía de otra a excepción de las escasas reliquias del pasado que habían logrado salvarse.

El edificio del Romantic era una excepción que sus clientes pagaban a precio de Uranio.

Y en el Romantic seguían Irving y Alina dando término a la cena.

—Si no te sientes bien aquí —dijo.

—Irving, podemos ir a cualquier otro sitio. ¿Qué te parece un paseo en lancha por la bahía?

— ¿Para ver las grandes cristaleras iluminadas? —rió ella.

—Para estar solos tú y yo… Podríamos ir a la Isla y alquilar un bungalow para esta noche.

—He dicho a mamá que volvería.

—Llámala. Eso tiene arreglo.

—Bueno —repuso ella tras una leve vacilación—. Esta es una de esas noches que no puedo negarte nada.

—Me alegro que lo digas. Si quieres llamaré yo mismo. Tu madre es una mujer estupenda y simpatiquísima.

—Sí. Lo es. Y mi padre también a pesar de que no es muy hablador. Pero prefiero decírselo yo. ¿Me esperas?

—¿Cómo no?

Irving, en ausencia de la muchacha, pidió la cuenta y tras abonar su importe cuyo abultado montante no le impresionó demasiado, aguardó su regreso.

Alina regresó extrañada y confusa.

—Es extraño. No contesta nadie.

—Quizá hayan salido —repuso Irving.

—¿Papá salir de noche? Se ve que no le conoces. Únicamente sale de casa por obligación. Le encanta encerrarse en su despacho y leer y leer. No. Seguro que no han salido.

—Puede que el teléfono esté averiado.

—Ya he llamado a la central, pero no tienen ninguna avería registrada,

—Bien, pues están durmiendo y no te oyen. No le des más vueltas...

—Preferiría pasar primero por casa, Irving —resolvió la muchacha—. Estaré más tranquila. Después iremos donde tú quieras.

—Concedido. Podemos irnos ahora mismo.

CAPITULO IV

—Sí, señor. Una pareja joven. Acaban de marcharse. Seguro que eran ellos. Aquí vienen pocos jóvenes. Al detener su coche ellos ponían en marcha el suyo. —El portero se deshizo en explicaciones.

—¿Sabe qué dirección han tomado?

—¡Por allí, señor! —exclamó el portero complaciente, en espera de la propina que tampoco había pasado de moda en el Romantic.

—Vamos —dijo Herm a su esposa, olvidándose de ¿gradecer monetariamente al portero su información.

—¡No pretenderás seguirles, Herm! ¡Dios sabe! ¡Dónde han ido? —exclamó su mujer

—Lo intentaré por lo menos.

Puso en marcha su automóvil, pero a la tercera manzana se detuvo cerca de un poste telefónico.

—Voy a llamar a Karl —dijo.

—Lo que tú quieras, pero hubiéramos podido quedarnos en el Romantic. ¿Sabes? Sólo hemos ido una vez t la verdad es que pasamos una noche deliciosa. ¿No lo recuerdas?

—Sí, querida. Te llevaré al Romantic… otra vez —repuso su marido saliendo dispuesto a hacer la llamada telefónica.

Regresó con la misma extrañeza que había demostrado poco antes Alina al no recibir respuesta.

—No contestan.

—Están durmiendo tranquilamente. Se acuestan pronto, y más aún si no estaban de buen humor.

—¿Por qué no tratas de comprenderlo, Inger? Has oído la voz de Karl pidiéndome ayuda. Exigiéndome que cumpliera mi palabra y que no le hiciera el menor caso si posteriormente se desmentía… Inger, no sería digno de llamarme amigo suyo si no le ayudara en este momento… ¿No lo entiendes?

—Sí, Herm —se resignó la mujer—. Se lo que significa para ti una buena amistad. Y se también lo terco que eres.

—Lo malo es que no sé qué hacer. Quizá lo mejor sea volver a su casa,

Inger se encogió de hombros resignada.

* * *

La casa estaba completamente a oscuras como todas las de aquel sector residencial.

La joven Alina introdujo la llave en la cerradura y dio la vuelta. Tras ella Irving miró en derredor. Todo respiraba paz.

Alina asomó y dio la luz. El *ha.li*y el salón que podían verse desde la entrada estaba en completo orden.

—Todo tranquilo —dijo él a la espalda de la muchacha.

—¡Mamá! —llamó Alina a media voz, y al no recibir respuesta aumentó el tono.

No hubo respuesta.

—Están durmiendo, seguro. Conseguirás despertarles —murmuró Irving avanzando junto a Alina que dio las luces del salón.

Todo continuaba en orden.

La muchacha miró hacia el comedor. La mesa estaba limpia. Su madre nunca dejaba las cosas después de comer.

La cocina también apareció inmaculada. Y en la planta baja sólo faltaba inspeccionar el despacho de su padre.

Alina llamó con los nudillos antes de entrar.

—¡Papá! ¿Estás ahí? —inquirió.

Su mano derecha se aferró al pomo y comenzó a girar mientras inquiría nuevamente:

—Papá..

Dio la vuelta al pomo y empujó lentamente la puerta. En el interior todo estaba a oscuras.

Casi sin poderlo evitar Alina sintió un escalofrío. Irving era perfectamente consciente del temor de la muchacha.

—¡Papá! —gritó ella al dar la luz.

Nadie.

El despacho permanecía vacio.

Irving la tomó del brazo y murmuró.

—Con el ruido que hemos hecho, de estar dormidos se habrían despertado. Anda. Vámonos ya. Ya ves que no hay nadie.

La muchacha cerró la puerta sin observar el pequeño magnetófono colocado en un estante junto a los libros, muy cerca de la mesa de escribir.

—Subiré arriba un momento —dijo ella.

—Si duermen déjales una nota. No les despiertes.

—Bajo en seguida —repuso ascendiendo los peldaños que conducían a la planta superior.

Irving paseó entretanto por el salón, observando la estancia, calco exacto de otras tantas residencias similares de la periferia.

Alina, en el piso superior se dirigía hacia el dormitorio de sus padres.

En cualquier calle, lejos aún de la colonia residencial, Herm aceleraba al máximo como si intuyera la proximidad de un peligro latente.

Irving curioseando abrió una cajita de música antigua y sonrió ante la ramplona melodía que soltaba el mecanismo.

Alina estaba junto a la puerta de la habitación de los suyos. Su mano derecha avanzó hacia el pomo.

Lo accionó lentamente con el doble temor… de despertarlos o acaso de no encontrarlos.

Cuando la cerradura estuvo libre empujó suavemente la hoja de madera y a medida que la puerta se abría comenzó a percibir un olor bastante desagradable e imposible de definir.

—Mamá —susurró antes de abrir totalmente.

El olor se hizo más penetrante.

En el arranque de la escalera, Irving asomó mirando hacia arriba con contenida impaciencia.

Alina accionó el conmutador de la luz.

El joven policía Krupmann hacía su ronda habitual y miró hacia la casa con especial interés. El interés se llamaba Alma. Krupmann siempre tenía una excusa, en horas hábiles, para encontrarla y hablar con ella.

Al detenerse el joven, simultáneamente oyó un grito.

Un grito de Alina.

Irving lo escuchó con mayor fuerza por hallarse al pie de la escalera y a su vez gritó:

—¡Alina! —Al mismo tiempo comenzó a subir con toda rapidez la escalera.

Para el policía Krupmann el grito fue suficiente para comenzar a aporrear la puerta.



CAPITULO V

Krupmann seguía aporreando la puerta sin que nadie respondiera a sus repetidas y ruidosas llamadas.

En la habitación de los Lindstrom, Alina se hallaba en el umbral de la puerta y con ella Irving que acababa de llegar.

La muchacha jadeaba y en sus ojos, horror y estupor inexplicables.

La cama, deshecha, con señales de haber sido ocupada por dos cuerpos estaba vacía.

—Bueno, cálmate. No están. ¿Por qué has gritado?

—No lo sé... De veras. Por un momento creí verlos y luego... ¡Dios mío! ¡Es inexplicable!

—¿Dices que les has visto?

—No sé... Es decir.. —Estaba realmente aturdida.

—Vamos, vamos. Estabas obsesionada con la idea de que les había ocurrido algo. Y ya ves que no es así.

—Pero han dormido aquí, Irving. Mira la cama. Está deshecha.

Avanzó con cierto temor hacia la cabecera del lecho. Irving, que la siguió, pudo ver los inconfundibles huecos que dejan los cuerpos sobre la sábana.

—Se habrán acostado y luego decidieron marchar.

—Algo tiene que haberles sucedido.

—Te habrían dejado una nota, o habrían intentado localizarte...

Krupmann seguía aporreando la puerta. Por eso Irving, más sereno, añadió:

—Será mejor que vaya a abrir antes de que echen la puerta abajo.

El rubio y vivaz policía miró de arriba abajo a Irving y espetó:

—¿Quién es usted? ¿Quién ha gritado aquí? ¿Dónde están los dueños de la casa?

—Cálmese, amigo, parece usted una vieja metralleta con sus preguntas.

Alina asomó a mitad de la escalera. El policía avanzó como embobado al verla, pero decidido a cumplir con su deber en lo que hiciera falta.

—¡Alina! He oído gritar y...

—Celebro que estés aquí, Krupmann. Tú quizá puedas ayudarme. Se trata de mis padres. No están. ¿Les has visto salir?

—No. Hace una hora he comenzado el servicio. He pasado un par de veces por tu casa, pero no he visto a tus padres.

—Temo que les haya ocurrido algo. Se han acostado. Esto es evidente. Pero ahora no están.

—¿Estaban enfermos? —preguntó Krupmann.

—Les dejé perfectamente.

— Puedo llamar al hospital del Sector. Usaré tu teléfono.

Decidido, el policía tomó el auricular y pulsó el botón, pero retuvo la comunicación.

—¿Desde cuándo estás en la casa?

—Acabamos de llegar prácticamente —contestó Irving. Y el policía se mostró algo contrariado por la intromisión del apuesto intermediario.

—Yo antes vi luz. En la primera ronda —aclaró Krupmann.

—¿Cuánto hace de esto? —inquirió nuevamente Irving.

—Una media hora —repuso el policía de mal talante.

—Yo llamé un poco antes. ¿Miraste el reloj, Irving? Seguro que hace algo más de media hora que llamé y no me contestaron.

Krupmann aferró el auricular decidido, pero tuvo que colgar.

—No hay línea. Debe tener avería.

—¿Lo ves? —terció Irving mirando a Alina—. No te contestaron porque el teléfono no funciona. En la central lo ignoran porque nadie les advirtió. Es lo que ha

pasado.

—Esto no prueba que mis padres estén bien —adujo

la muchacha.

—Iré al hospital en un momento. Tengo el coche en la esquina.

—Llamando desde el primer poste ganará usted tiempo —sonrió Irving que ya había advertido los ocultos sentimientos de Krupmann y la contrariedad que se reflejaba en su rostro de ver a Alina acompañada.

Y el policía dio la vuelta mordiéndose la lengua. Irving comentó divertido.

—Si fuera un maleante seguro que sentiría un placer morboso en apresarme. ¿Te has fijado?

—Es un buen muchacho —adujo ella.

—Deja de pensar en tus padres. Apostaría a que en estos momentos están mejor que nosotros. Por lo menos mejor que tú. Estás demasiado preocupada.

Alina no podía evitarlo y anduvo retorciéndose las manos hasta el inmediato regreso de Krupmann que informó entre satisfecho e indeciso:

—En el hospital no están. Pero si crees que debo hacer una investigación oficial, aceptaré tu denuncia formal.

El brusco frenazo de un vehículo llamó la atención a los tres reunidos.

Herm y su esposa salieron del vehículo frente a la casa y avanzaron hacia la entrada desde la cual el policía les aguardaba.

—¿Ha ocurrido algo? —inquirió el recién llegado.

—¡Hola, profesor! Quizá no me recuerda. Soy Irving Hess —saludó el joven reconociéndole.

—Sí, sí, le recuerdo. ¿Qué tal? ¿Sucede algo aquí?

—¡Hola, Herm! —saludó la muchacha y en seguida dijo—: Estoy preocupada por mis padres.

Herm cambió una mirada con su esposa.

Krupmann, que también conocía al profesor, explicó:

—La señorita cree que puede haberles ocurrido cualquier cosa. No están en casa, pero según ella parece que han dormido en la cama. Le he dicho que si lo desea llevaré el caso por la vía oficial.

Herm asumió la responsabilidad.

—Sí, agente. Creo que debe hacerlo.

—Está bien... Si tú no tienes nada que oponer, Alina... —murmuró el policía.

—Herm tiene razón. Investiga. No estaré tranquila hasta que no les vea sanos y salvos.

—De acuerdo. Voy a hacer una llamada... —Y recordando que el teléfono de la casa no funcionaba, se excusó para dejar a los reunidos y dirigirse al poste más próximo de la calle.

—A propósito, profesor —preguntó Irving al salir el agente—. 6Venía usted de visita?

—No, no . Es que... En realidad venía en busca de ustedes. Sabía que Alina estaba con usted. Quería hablar con ella.

—¿Conmigo, Herm? —preguntó ella.

—Sí... —Vaciló ante la presencia de Irving, pero ya no tuvo ocasión de mencionar para nada el motivo de su interés.

No tuvo ocasión porque en aquellos instantes el automóvil de los Lindstrom se detuvo delante de la casa. Karl Lindstrom seguido de su esposa Rosy sonrió al matrimonio Handers que seguían aún en el umbral de la puerta.

CAPITULO VI

—Celebro tanto interés por nosotros. La verdad es que nos apetecía ir a dar un paseo. No salimos mucho de casa y a tu madre le apetecía —explicó Karl a su hija, mirando a los demás.

—Menos mal... Pero al llamar primero y ver que no contestabais... y luego al venir aquí y ver vuestras camas deshechas... —repuso ella.

—La verdad es que me encontraba un poco pesado y me acosté —explicó Karl—. Pero fue por poco tiempo. ¿Hay algo malo en ir a dar una vuelta?

—Claro que no, papá. Irving ya me lo dijo. Pero yo... Bueno, no sé qué demonios me había figurado. Celebro que estéis bien.

—Yo también, señor Lindstrom —sonrió Irving tendiéndole la mano que el padre de Alina no hizo nada por tomarla—. En fin, espero que su hija y yo podamos seguir celebrando mi ascenso esta noche. Ese es el motivo de que ella les llamara.

—Disfruten como corresponde a su edad —sonrió benévolo Lidstrom que volviéndose hacia los Handers añadió—: ¡Ah, Herm! Perdona mi mal humor de antes. Llevo unos días con bastante pesadez. A veces me descargo con quienes más aprecio. No ocurre nada, te lo aseguro. Olvidado todo, ¿eh?

—Claro, claro —murmuró Herm, y su esposa volviéndose hacia él le miró como queriéndole decir:

"¿.Te das cuenta, hombre de Dios, como no pasa nada?"

Sí. Allí todo parecía perfecto, e incluso el regreso del agente Krupmann fue casi motivo de jocosidad porque el joven venía dispuesto a emplearse a fondo, pero al hallarse ante los Lindstrom se quedó materialmente "cortado".

—¡Oh! Ustedes aquí... —Y lo dijo en un tono como si lamentara verles vivos porque de este modo le impedían mostrar su eficiencia.

En fin. El asunto estaba resuelto, y cuando los Handers salieron de la casa, Inger aprovechó para hacer hincapié en su intuición.

—Tú preocupándote y ya ves... Se fueron a dar una vuelta. No ocurre nada. ¿Cuándo aprenderás a hacerme caso y no preocuparte tanto por los demás?

—Cuando me muera, Inger —sonrió él.

—No tienes arreglo —repuso ella sacudiendo la cabeza de un lado a otro pero en el fondo satisfecha de la excelente disposición de su marido para ayudar a los demás.

También Irving y Alina salieron de la casa con el reiterado deseo por parte del señor Lindstrom de que se divirtieran.

—Devuélvame a mi hija tan feliz como se la lleva —aún dijo.

—De eso no le quepa duda, señor —repuso Irving.

Luego ellos también se fueron en el automóvil y los Lindstrom quedaron solos.

Tras un largo silencio Rosy despegó los labios por primera vez.

—¿Por qué has dejado que nuestra hija se fuera? —preguntó en tono más bien violento.

—Éramos demasiados. ¿No te parece? Y además estaba ese agente de policía —repuso Karl más calmado.

—Es nuestra hija. Debe hacer lo que nosotros —recalcó Rosy.

—Lo sé, querida, lo sé. Pero hay tiempo. Mañana ella volverá y

entonces... haremos lo que tengamos que hacer. ¿De acuerdo?

La otrora dulce y hasta apocada Rosy Lindstrom asintió con gravedad.

Ya nada quedaba absolutamente simpático en su aspecto. Más bien era la estampa de la crueldad, del deseo de llevar a cabo una venganza largamente esperada.

Su marido parecía mucho más tranquilo, o acaso sabía disimular mejor.

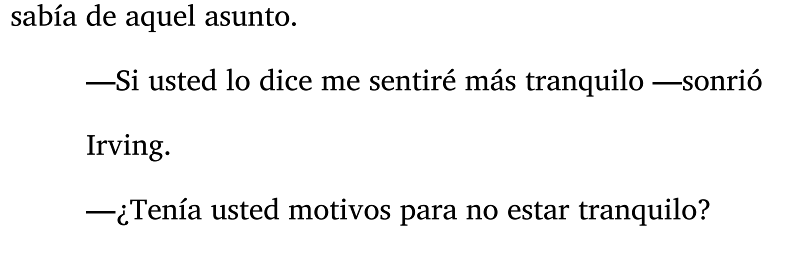
Utilizando un tono amable y persuasivo añadió: —Por hoy ya hemos hecho bastante, querida. Ahora debemos descansar. Mañana se prepara un día muy duro.

CAPITULO VII

—No me dijo exactamente por qué quería ver a Alina, profesor —comentó Irving.

Era el día siguiente de aquellos hechos que Herm Handers no había podido olvidar totalmente. Y ahora, en el laboratorio, el nuevo adjunto del Director general había ido a visitarle para recordarle precisamente una parte de la noche anterior. En realidad también él —Irving— estaba algo preocupado.

—No creo que ahora tenga demasiada importancia —repuso Herm que por el momento consideraba como secreta la parte que él



sabía de aquel asunto.

—Si usted lo dice me sentiré más tranquilo —sonrió

Irving.

—¿Tenía usted motivos para no estar tranquilo?

—Bueno, no sabría cómo explicarle. Claro que no he vuelto a hablar de ello con Alina, pero anoche me dijo que por un momento le había parecido ver a sus padres en la habitación. Entendí que había sido una especie de visión. Eso no tendría importancia...

Handers le miró interesado incitándole a seguir.

—Bueno... —añadió el joven—. No hay duda de que en aquella cama estuvieron tendidas dos personas y Lindstrom dijo que solo él se había tendido. Es natural que no se extendieran en explicaciones. No obstante no sé... anoche había algo extraño. ¿Se fijó usted que la señora Lindstrom no despegó los labios? Yo la conozco un poco. He hablado con ella. Es una mujer simpática, tiene siempre la sonrisa a flor de labios. En cambio anoche... parecía distinta. ¡Je! Quizá me he contagiado de la inquietud de Alina, pero soy sicólogo. He estudiado las reacciones humanas y las constantes referidas a los cambios de humor de las personas. Como médico especializado, en principio desconfiaría del buen estado de la señora Lindstrom. Usted también es médico y con mayor experiencia que yo, aunque no ejerza en este campo.

—Sí, Irving —contestó al fin el profesor Handers—. Ya que lo dice debo admitir su gran poder de observación. Y le confieso que yo también pensé lo mismo, aun sin conocer el detalle de la cama.

—Seguro que los dos habían estado en ella. Además... la estancia olía a algo... No sabría definirlo. Creo que Alina también lo notó.

—Lo del olor puede ser anecdótico, pero. . ¿habló con Alina respecto a sus... digamos sospechas?

—No, no. Preferí no preocuparla. Y esta mañana la dejé dormida. Pensaba llamarla dentro de... de un par de horas. Le dejé una nota pidiéndole que esperara esa llamada mía en caso de que despertara antes, que no lo creo. Fuimos muy felices anoche. ¿Sabe?

—¿Dónde está Alina ahora? —preguntó el profesor.

—En un bungalow de la isla.

—Escuche, cuando la llame dígale que me espere antes de irse a su casa. Quisiera hablar con ella. Disculpe si ahora no soy más explícito. Se trata de un asunto estrictamente familiar.

—Pienso formar un hogar con ella, profesor Handers —aclaró el joven—. Por ello no quiero forzarla a que me diga a mí lo que ocurre, pero Alina me lo dirá igualmente. Si es algo grave y yo puedo hacer algo...

—Está bien, Irving. Iremos los dos a verla. Tengo mucho trabajo pero este asunto me tiene preocupado.

—Si tan urgente es, la llamaré ahora mismo. Aguarde un instante voy a trasmitir unos apuntes.

Herm Handers aprovechó a su vez para pedir la presencia de una de sus ayudantes.

—Quiero hablar con Delmayer.

—Hoy no ha venido, señor —le contestaron.

—¿No ha venido? Es extraño. Tenía que terminar untrabajo de suma importancia... Bien, busque a Hoowen, yo trataré de localizar a Delmayer a su casa.

—Ya lo hemos intentado, señor, pero su teléfono no contesta —fue la réplica.

* * *

El profesor Delmayer, veterano ayudante de Lindstrom se hallaba encerrado en su despacho privado escuchando una extraña e indefinible melodía que le embelesaba como si aquel desconocido son tuviera un poder hipnótico.

Muy poco antes de salir para el laboratorio un joven repartidor que la señora Lindstrom hubiera reconocido perfectamente le entregó un paquete. Por su bulto y formato parecía contener un par de libros de reducido tamaño.

La señora Delmayer se lo entregó a su marido y éste, antes de salir, decidió examinarlo.

—Un magnetófono —dijo—. Me quedan unos minutos, voy a escucharlo.

Y se metió en el despacho y ya no volvió a salir.

La señora Delmayer extrañada por aquella tardanza decidió advertir a su marido de lo tarde que era. En un montón de años jamás su esposo había dejado de ser puntual en el trabajo, pero aquel día —aquella mañana concretamente— iba a ser todo muy distinto.

—Pasa, mujer —le dijo él desde la butaca donde había escuchado el sonido—. Pasa... tienes que escuchar esto... Escucha y lo comprenderás todo... Es fabuloso.

Eso, ni más ni menos, era lo que había sucedido en casa de los Delmayer.

CAPITULO VIII

Camino del *bungalow* de la isla, en el automóvil de Herm Handers y a bordo del transbordador, Irving, tras escuchar el relato del profesor preguntó:

—¿Por qué no insistió anoche acerca de esa llamada telefónica que le hizo Lindstrom?

—No creí que fuese el momento oportuno. Además, él se disculpó. Usted pudo oírlo.

—Sí, pero en aquellos momentos ignoraba todo esto.

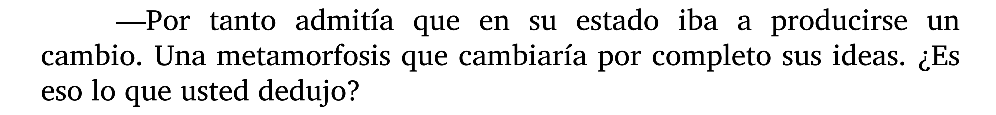
—¿Le sugiere algo lo que le he contado? —preguntó Herm.

—Seguramente lo que a usted. Es una cosa extraña. Ese temor que según parece había en la voz de Lindstrom, ese grito propio de quien pide auxilio no se improvisa.

—No, ciertamente.

—Yo no lo he oído, pero usted, es mayor sicólogo que yo, profesor... Si es como dice habría que investigar a fondo. Veamos... Él le dijo que no le hiciera usted el menor caso a todo cuanto pudiese decir con posterioridad a su llamada de auxilio.

Herm asintió.



—Por tanto admitía que en su estado iba a producirse un cambio. Una metamorfosis que cambiaría por completo sus ideas. ¿Es eso lo que usted dedujo?

—Exacto.

—Esa metamorfosis, ese cambio ha tenido que producirse ya. Su actitud respecto a usted. . esa salida nocturna... Y la misma forma de comportarse de la señora Lindstrom...

Se interrumpió para caer en la cuenta de lo mismo que en aquellos momentos pensaba su interlocutor.

—¡La señora Lindstrom! —exclamó.

—Sí, Irving. Ella también puede haber cambiado.

—Y lo mismo le puede ocurrir a Alina —adujo Irving tratando de dominar un sobresalto.

—Es posible... Por eso quiero hablar con ella. Quizá ocurrió algo que Alina pueda decirnos.

—Espero que no se haya ido —dijo de pronto Irving.

—¿No habló usted con ella?

—Pues no. No contestó y pensé que seguía durmiendo. No quise despertarla...

Herm Handers hizo un gesto de contrariedad, pero en seguida recordó:

—Usted le dejó encargado que no se fuera antes de recibir su llamada...

—Sí, claro. Ahora sólo falta que ella haga caso de mi nota.

El transbordador que los llevaba a la isla parecía irmás lento que nunca.

* * *

Alina, en aquellos instantes, desperezándose contestó al teléfono. Al otro lado del hilo estaba su padre.

—Hija, sé que estás aquí. Debes venir cuanto antes. Es muy importante...

—Sí, papá. Acabo de despertarme. No ocurre nada grave, ¿verdad?

—Sí, Alina, ocurre algo realmente grave, por eso es necesaria tu presencia entre nosotros.

—¡Me asustas, papá!

—Date prisa, por favor. Sé que no me decepcionarás. —Y sin más explicaciones su padre colgó.

Inmediatamente la joven trató de ponerse en contacto con Irving, pero en el laboratorio le dijeron que había salido.

"No puedo esperarle. Le llamaré luego y le explicaré lo que sucede", pensó, aunque en realidad no sabía exactamente lo que estaba ocurriendo, pero un presentimiento le decía que debía de tratarse de algo sumamente importante.

De pronto, mientras se vestía le asaltó una duda:

—¿Cómo sabía mi padre que estaba justamente en este *bungalow!*

Ella no se lo había dicho. Ni Irving tampoco.

Bastaba asomarse a la ventana del salón para ver una buena cantidad de *bungalows* como aquél distribuidos por el llano ajardinado próximo a la playa.

Estaban a docenas... A cientos en toda la isla. ¿Cómo pues su padre había dado con el suyo sin saberlo?

La respuesta no era lo más importante para Alina en aquellos instantes, por eso una vez vestida tomó una hoja de papel de debajo del secreter y con un rotulador anotó:

> "Cariño: Mi padre me ha llamado por un asunto grave. No me ha dicho de qué se trata, pero no puedo esperarte. Te llamaré en cuanto me sea posible.

"Ahora me dirijo directamente a casa.

"Tuya,

"Alina”.

Como no tenía nada por recoger dejó la nota sobre la mesita de centro, junto a la que le había dejado a su vez Irving y seguidamente salió del *bungalow* cerrando de golpe la puerta.

* * *

El transbordador acababa de atracar junto a uno de los muelles de la isla.

Existían varios lugares de atraque en otros puntos, y diferentes compañías de transbordadores hacían el servicio. Herm Handers e Irving habían tomado el que en aquel momento tenía la salida más próxima.

Ahora ya en la isla, Irving dijo:

—Vaya todo lo de prisa que pueda, profesor Handers. La verdad es que estoy intranquilo.

—Le confieso que yo también.

Y mientras el profesor enfilaba por el bien asfaltado sendero donde ya empezaban las primeras construcciones aptas para la tranquilidad, el descanso o el amor, Alina Lindstrom corría a pie por otro camino buscando un automóvil que detener para que la llevara hasta cualquiera de los embarcaderos.

—¿Dónde está el *bungalow?* —preguntó el profesor a su joven acompañante.

—Es al otro lado. Cuando llegue al cruce tuerza a la derecha y siga hasta la segunda sección. Allí le indicaré.

—Buen sitio éste. Al menos no se ha deteriorado.

—Le sacan el jugo alquilando estos *bungalows.* Resultan bastante caros, pero valen la pena. Me gustaría trabajar en un sitio así.

—A propósito de trabajo. ¿Cómo va su proyecto?

—¿Se refiere al satélite? Bueno, espero que ahora pueda conseguir los fondos para seguir adelante.

—Usted cree que puede hacerse habitable.

—Mientras reciba la influencia de nuestro planeta es perfectamente posible. Pero hay que hacer una buena siembra y construir. Como laboratorio interespacial no sirve. Ya quedó demostrado, pues al menos que pueda aprovecharse como habitáculo.

—Quizá alguna cadena hotelera financie su proyecto para instalar allí hoteles y residencias de lujo para millonarios.

—Nada de eso. Yo deseo un satélite de uso común. Un parque público con toda clase de servicios. Hay gentes que ya lo han dado todo en esta vida y desean paz, éste podría ser un lugar ideal.

—¿Un asilo de ancianos?

—No sólo eso sino un lugar de esparcimiento para todos, y una plataforma para futuros viajes. No hay que olvidar que las características del satélite son mucho más aptas que las del planeta para el lanzamiento de vehículos espaciales. Científicamente está demostrado que la densidad...

—Sí, sí —cortó el profesor—. Recuerdo haber leído su informe y por mi parte estuve de acuerdo. Es el coste lo que no permitió seguir adelante...

—Ahora, profesor, —terció Irving—. Hacia la derecha. Vaya directo hasta la segunda sección.

Alina seguía por el sendero. Tras ella se aproximaba un coche al que hizo desesperadas señales para que se detuviera. Pero el conductor, muy bien acompañado, no le hizo caso, y con ello es posible que acabara de hacerle un gran favor.

Herm había llegado a la segunda sección y torció hacia la izquierda por indicación de Irving.

Se dirigió hacia la parte más alta de la isla,

—Ahí está. El segundo —señaló Irving.

El profesor detuvo el automóvil delante de la entrada. Irving no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que dentro no había nadie.

—¡No está, profesor! —exclamó aterrado.

Alina se hallaba ya en el cruce haciendo señales a otro automóvil. Este sí se detuvo. Iba un hombre solo que con una sonrisa la invitó a subir.

—Tengo prisa —dijo ella—. Lléveme a cualquier embarcadero.

—A mí también se me ha hecho un poco tarde —replicó el hombre—. Es lástima porque con una chica como tú y en un lugar como éste…

—Dese prisa, por favor. Es un asunto grave de familia —rogó la muchacha.

CAPITULO IX

En aquel sector de la periferia residencial, el joven repartidor de aquellos paquetes que parecían contener libros, bajó de su pequeño furgón y avanzó hacia la puerta de una de las casas.

Llamó.

—¿El profesor Herm Handers? —preguntó a la todavía hermosa Inger.

—Sí, aquí es. ¿Trae algo para él?

—Sí, señora. Esto. No olvide dárselo —y el joven le tendió aquel paquete exactamente igual a los que venía repartiendo.

Tenía lleno el furgón, y cada uno iba con un nombre. Algunos de ellos bastante conocidos entre sí. Uno, por ejemplo, llevaba escrito: Irving Hess.

—¿Tengo que firmar algo? —preguntó la señora Handers.

—No es necesario. Adiós—. Y el repartidor se alejó silbando como quien encuentra sumo placer en su trabajo.

Inger sostuvo el paquete entre sus manos unos instantes y luego tuvo intención de abrirlo. Al fin desistió:

—Libros, seguramente —murmuró para sí. Y dejó el envoltorio intacto sobre un mueble del paso entre el *hall* y el salón.

Inger volvió a la cocina y conectó una pequeña pantalla sentándose seguidamente con el control remoto en la mano con el que seleccionó lo que le interesaba. En aquellos momentos deseaba encontrar un menú.

Las imágenes se sucedían mostrándole distintos platos a los que ella hacía gestos diversos.

—Uf, demasiado trabajo.

O bien:

—¡Bah! Este ya lo he repetido demasiadas veces.

Sin acabarse de decidir cambió de canal justo en el instante que la pantalla reflejaba una pavorosa explosión.

Todos los que tenían conectada la televisión en aquellos momentos pudieron ver lo que Inger Handers acababa de presenciar a través de la pantalla.

Hubo un silencio expectante como si el locutor se hubiese quedado sin habla.

Una segunda explosión destruyó totalmente el edificio. Inger había visto en más de una ocasión aquel contorno que las cámaras enfocaban.

—Debe tratarse de un reportaje antiguo… —murmuró para sí la mujer con la mirada atenta a las imágenes.

Entre el fuego devastador surgían gritos y pronto comenzaron a aparecer hombres y mujeres envueltos en llamas como antorchas humanas

—Demasiado realismo para tratarse de una ficción.

Por fin el locutor pareció recobrar el habla, y explicó con voz trémula:

—Es inaudito. Inconcebible. Ustedes han sido testigos de esa tremenda catástrofe inexplicable. —Tartamudeó, las palabras se negaban a salirle de la garganta. Luego pudo recordar que se trataba de la retransmisión desde el Edificio Internacional de Congresos—.

Íbamos a ofrecerles en imágenes la reunión anual de los representantes de todos los gobiernos mundiales. Eran... Eran éstas las imágenes previas. Lo ocurrido escapa a nuestras posibilidades imaginativas. Yo..., sólo puedo pensar en algo horrible. ¡Sabotaje!

¡SABOTAJE!

Ya no se habló otra cosa en todo el mundo. Un inconcebible sabotaje había hecho volar el edificio más seguro del mundo.

* * *

— ¡Quizá estemos desorbitando las cosas, profesor! —exclamó Irving dentro del automóvil y a bordo del transbordador.

—No quiero mezclarle en esto —repuso Herm Handers—, pero por mi parte estoy dispuesto a llegar hasta el fin. Las cosas no están nada claras. Pensé que tratándose de Alina usted también estaría interesado.

—Claro que estoy interesado. Pero no sé... Todo esto es tan extraño... Por supuesto yo también quiero llegar hasta el final.

Al término de la travesía y en el bar cercano había algún revuelo que llamó la atención de los dos hombres. No sabían exactamente lo que ocurría pero les llamó la atención los comentarios surgidos de pequeños grupos.

—¿Qué pasa aquí? —inquirió Herm.

Abrió la ventanilla del automóvil y junto con Irving pudo escuchar algunas palabras sueltas.

“Sabotaje”. “Horrible”. “Monstruoso".

Alguien dijo:

—Es un atentado contra la paz mundial.

Luego, mezclados con la gente, supieron lo ocurrido al Edificio Internacional de Congresos. Las noticias daban el número aproximado de víctimas.

—Más de dos mil personas, y con ellas todos los representantes de los gobiernos han perecido.

Ya en el coche, camino de la casa de los Lindstrom, la radio del vehículo informaba:

—.. Sólo gente especializada ha podido instalar los artefactos precisos en los puntos claves. Gente que conociera perfectamente el funcionamiento de los servicios de seguridad y supiera con exactitud los lugares idóneos para la colocación de las cargas...

El locutor iba transmitiendo noticias, a la par de que algunos especialistas hacían cábalas sobre lo ocurrido. Une de ellos dijo:

—Era imposible entrar en el edificio sin las debidas garantías, y sólo los especialistas encargados de su mantenimiento podían circular libremente por las secciones de servicios.

Un comisario general informó que se estaba intentando localizar a los vigilantes francos de servicio.

—¿Qué piensa de esto? —preguntó Irving a Herm.

—No lo sé. No lo sé. Es inaudito.

La voz del locutor volvió a hacerse protagonista en el interior del vehículo.

—¡Señores, es como si una ola de locura hubiera invadido nuestro mundo! Nos acaban de informar que la sede central de estudios espaciales acaba de volar por los aires. Las primeras eminencias de nuestro planeta han fallecido a consecuencia de la tremenda explosión. Nadie sabe cómo ha podido suceder. Es un caso parecido al que les estábamos comentando, sólo que el siniestro ha tenido lugar a dos mil kilómetros de distancia.

—Algo muy grave está ocurriendo, profesor —murmuró Irving.

Herm Handers no contestó. Seguía conduciendo con una idea fija en la cabeza.

—Creo que ahora más que nunca se hace necesario llegar a casa de Lindstrom.

* * *

Wikers, responsable general del laboratorio preguntaba en aquellos momentos por Herm Handers.

Salió con Irving, señor —le informaron.

—¿Hay alguien en su puesto?

—Llamaron a Delmayer, pero parece que no le han localizado.

Era el joven y experto Stamalikov quien le informaba, y que añadió:

—¿Puedo hacer algo, señor?

— ¡Qué pasa aquí! Todo el mundo se ha largado... Bien, vaya usted a la computadora general. He captado una onda especial y necesito que alguien anote todos los reflejos y dimensiones. Usted sabe algo de esto, ¿eh?

—Es mi especialidad, señor.

—Encárguese de ello. Yo voy a salir un momento. ¡Ah! Y que localicen a Handers cuanto antes. Y también a Irving.

—¿Sucede algo, señor? —preguntó Stamalikov.

—Sucede que tengo que hablar con ellos. Esto es un lugar de trabajo y parece que últimamente la gente lo olvida bastante...

Un subalterno pidió permiso para entrar donde estaban hablando los dos hombres. Cuando Wikers con un ademán le indicó que pasara, el recién llegado informó de lo que estaba anunciando la radio y las diferentes cadenas de televisión.

—Aquí nunca nos enteramos de nada —sonrió Stamalikov sin sospechar la magnitud de los hechos acaecidos que el informante subrayó:

—Ha sido terrible, señor. Toda la Sede Internacional de Congresos, y también la central de estudios espaciales.

—¿Totalmente destruidos? —inquirió Wikers.

—Sí, señor. Todo el mundo está en la sala de recepciones para escuchar las noticias.

—Voy allí. Y usted, Stamalikov, haga lo que le he dicho. —Y Wikers salió disparado hacia la planta destinada a recepción, donde toda la plantilla se hallaba comentando las noticias que se les iban ofreciendo ininterrumpidamente.

Wikers pudo ver diferentes imágenes de lo ocurrido poco antes. Naturalmente mostróse pasmado ante aquellas escenas al tiempo que escuchaba los comentarios no menos extrañados de los informadores.

—Pero.. ¿Qué es eso...?

Entonces llegó la información de una tercera explosión en una factoría nuclear de segundo orden.

— ¡Peligro de contaminación! —gritaba el informador.

El radio de acción de la explosión registrada se media con una longitud de cinco mil kilómetros a la redonda.

—Todo ese continente morirá —murmuró Wikers—, Es inaudito. ¿Qué es lo que está ocurriendo?

Pero tenía que irse. Le habían llamado de su casa. Su esposa estaba enferma. Le necesitaba. Dio instrucciones.

—No se muevan de aquí. En cuanto pueda les llamaré. Estén a la expectativa. Veré de enterarme de lo que ocurre.

Mientras Wikers salía del laboratorio. Stamalikov dejaba su puesto de observación en la computadora general para enterarse de lo que estaba ocurriendo.

Y entretanto...

CAPITULO X

Entretanto, Herm Handers y el joven Irving se hallaban ya delante de la casa de Lindstrom.

El barrio estaba en calma. La magnífica zona residencial permanecía tranquila y solitaria a la vez. Quizá ese silencio absoluto era la única nota de anormalidad.

Cuando Herm Handers descendió del vehículo y miró en torno suyo tuvo un presentimiento.

—No sé... —murmuró—. Hay algo que...

Irving salió tras él y comentó.

—No le extrañe no ver a nadie. Seguramente todo el mundo está pendiente de las noticias. ¿Qué me dice de lo de la central nuclear, profesor?

—Que nada es normal. Ni el barrio. —Y de pronto se acordó de sí mismo, de su esposa. De su casa.

Había una cabina telefónica a pocos pasos de donde se hallaba, y por un momento, olvidándose de lo que le había llevado hasta la residencia de los Lindstrom, se encamino hacia el teléfono advirtiendo a su acompañante.

—Espera un momento.

Marcó el número correspondiente a su casa y aguardó impaciente a oír la voz de su esposa.

Por una vez el profesor perdió su habitual serenidad ante el silencio que estaba obteniendo por respuesta.

—¡Cielos! —exclamó y colgó el auricular para volver a marcar el número.

Aquella vez tuvo más suerte y escuchó al fin la voz de su esposa.

—¡Oh, Inger! Me tenías preocupado.

—¡Herm! ¿Te has enterado…? —empezó ella.

—Sí, querida. Tú estás bien, ¿verdad?

—Oh, sí. ¡Aquí no pasa nada…! ¿Y tú? ¿Estás bien en el laboratorio?

—Sí, sí. Estoy bien. Bueno, no estoy en el laboratorio precisamente. Ya te contaré. Sólo quería hablar contigo. Oír tu voz. Nada más, querida.

—Gracias, amor. ¡Ah! Han traído un paquete para ti. Lo he desenvuelto… Es un magnetófono.

—¿Un… magnetófono? —inquirió Herm.

—Sí. Iba a ponerlo, pero con todo lo sucedido. Estoy hecha un lío. Todo esto es monstruoso, Herm. ¿Qué crees que puede haber ocurrido?

—¿Has dicho un magnetófono? —preguntó el profesor.

—Sí. Es un magnetófono.

—¿Quién lo manda?

—No sé. Lo ha traído un repartidor. Dijo que es de la Agencia K.

—Bien, bien, ya lo veré luego —pensó unos instantes en el nombre de la agencia K.

—Si no quieres nada más, cariño…

No escuchó la voz de su mujer. Pensaba en lo que ella le había dicho: K.

Era el mismo nombre que le había dado Rosy Lindstrom...

“Le mandaron un paquete. Creo que son libros. No sé. —Le había dicho la esposa de su amigo la tarde anterior—. Lo trajeron de la Agencia K. Quizá tú sepas de qué se trata...”

Y Karl le había hablado de música. ¡Magnetófono música!

— ¡Inger! —reaccionó el profesor.

—Sí, querido. Estoy aquí.

—Escucha, no toques ese magnetófono. ¿Eh? No es por nada. Sabes que no tengo ningún secreto para ti, pero no lo toques.

—Como quieras. ¿Es qué sucede algo?

—No, no. Es decir, no lo sé. Bueno, ayer Lindstrom recibió un paquete de esa agencia y...

—¡Oh! Todavía estás con eso...

—No toques ese magnetófono. Prométemelo.

—Te lo prometo —murmuró ella.

—Volveré pronto, querida.

—Estaba preparando la comida.

—Hasta luego...

Cuando se volvió de la cabina vio que Irving ya no estaba delante de la casa. Miró hacia la puerta y la vio abierta. Corrió hacia allí.

—¡Irving! —llamó en el umbral.

No vio a nadie ni obtuvo respuesta alguna. Avanzó hacia el interior de la casa.

—¡Karl! —alzó la voz, de nuevo sin hallar la menor respuesta.

Llegó junto al pie de la escalera.

—¿Es que no hay nadie?

Escuchó algún ruido en el estudio de su amigo Karl cuya puerta se hallaba entornada. Avanzó lenta, pero decididamente.

Al abrir la puerta vio a Irving mirando la revuelta mesa del dueño de la casa.

—No hay nadie. He mirado por toda la casa. Alina tampoco está.

—¿Quién le abrió?

—Nadie. Llamé y luego empujé la puerta. No estaba cerrada con llave.

Herm repasó silenciosamente toda la habitación. Su mirada se detuvo en el magnetófono que había sobre un estante. Vio una inicial a modo de marca: K.

Avanzó sus manos hacia el aparato cuando Irving se puso en pie al escuchar un ruido.

Alguien andaba en la casa.

Señaló hacia la puerta. Unos pasos precipitados avanzaban por el piso.

—¡Papá! —gritó una voz.

Era Alina. Se sorprendió al ver a los dos hombres en casa.

—¡Irving! ¡Profesor! ¿Qué ha pasado?

—Cálmate —murmuró el joven—. El profesor y yo queríamos hablar contigo. Fuimos a la isla y vimos tu nota.

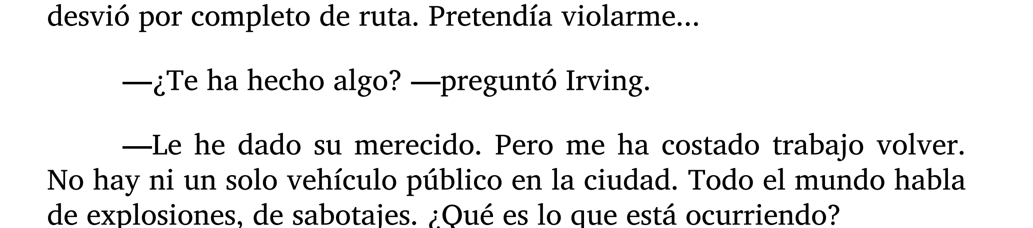
—¿Dónde están mis padres?

—¿No están aquí? —adujo Herm.

—Papá me llamó esta mañana. Quería venir antes. . —empezó ella.

—Creíamos encontrarte aquí —manifestó Irving.

—Me entretuvo un tipo asqueroso. Le pedí que me llevara y se



desvió por completo de ruta. Pretendía violarme…

—¿Te ha hecho algo? —preguntó Irving.

—Le he dado su merecido. Pero me ha costado trabajo volver. No hay ni un solo vehículo público en la ciudad. Todo el mundo habla de explosiones, de sabotajes. ¿Qué es lo que está ocurriendo?

—No lo sabemos —repuso Herm al cabo de un silencio.

—¿Y mis padres? —inquirió ella.

—No lo sabemos —repuso Irving añadiendo—: Pero el profesor cree… Dígaselo usted.

—¿Les ha ocurrido algo a ellos? —inquirió la muchacha angustiada.

—Mira, Alina —empezó Herm—. Ayer me llamó tu padre. Quiero que lo sepas todo…

Mientras Herm contaba a la muchacha la conversación que había sostenido con Karl Lindstrom el día anterior, Delmayer detenía su vehículo frente al laboratorio. Nadie advirtió su llegada porque la gente seguía aún en la sala de audiciones escuchando las noticias que seguían llegando sobre aquellas extrañas explosiones ocurridas con escasa diferencia en distintos puntos del globo.

Delmayer avanzó por los corredores y galerías interiores del edificio sin cruzarse con nadie.

Stamalikov asomó un momento y le vio sin que Delmayer pudiera verle a él.

El joven había abandonado el encargo que le diera Wikers pero no había querido perderse las noticias. Al ver a Delmayer momentáneamente lo confundió con el Jefe y corrió a lo largo de un pasillo para volver a donde debiera estar.

Delmayer continuó su ruta hasta llegar a la sección central de cerebros. En un cuarto contiguo estaban todas las conexiones, los contactos electrónicos, los cables que alimentaban las máquinas.

Stamalikov llegó a su sitio y lanzó un suspiro al no ver a nadie.

—Wikers está de mal humor hoy —dijo para sí—. Mejor que me encuentre.

Pero al ver que Wikers no aparecía asomó un momento a la sala contigua al tiempo de ver a Delmayer meterse en el cuarto de las conexiones.

—Delmayer —repitió y pensó que no era peligroso porque también él había llegado tarde, por lo cual volvió a alejarse para subir nuevamente a la planta donde estaban los otros.

Delmayer estaba manipulando en las conexiones. Y lo que estaba haciendo no era nada tranquilizador, porque la serie de cruces que interpolaba podían acabar con una catástrofe, pero él parecía muy seguro de sí mismo. Stamalikov pasó frente a la jaula de cristal donde debía hallarse el encargado de las conexiones, pero tampoco estaba en su sitio. A través del vidrio pudo ver unas luces oscilando. Eran llamadas que podían ser urgentes y que nadie contestaba.

Se metió dentro de la cabina y cortó los zumbidos. Una voz bien conocida, bramó:

—¿Pero qué diablos sucede aquí? ¿Es que no hay nadie? —Era Wikers.

Stamalikov respondió:

—Perdone, señor. Es que todo el mundo anda un poco revuelto con los acontecimientos.

—¿Stamalikov? —inquirió el profesor.

—Sí, señor.

—Bien. Es con usted con quien quería hablar. ¿Alguna novedad con respecto a la onda?

—No, señor —murmuró el joven que por lo que había visto en la computadora no distinguió nada anormal—. Sólo esa onda.

—Bien. Yo no volveré probablemente.

—¿Cómo está su esposa, señor?

—Tendrán que operarla. Estoy en el hospital. Si ocurre alguna anomalía avísenme. ¡Ah! Usted, si desea ir a almorzar, deje a algún sustituto.

—Sí, señor.

- Stamalikov colgó lanzando un prolongado: “Yupiii".

Un día sin la presencia de Wikers era prácticamente un día de asueto. Dejó el trabajo a otro y. salió a dar un paseo. No en vano alguien había dicho de él.

“Es inteligente y despierto. Podría llegar muy lejos, pero debe poner mayor voluntad en el trabajo”.

- quien lo había dicho era Herm Handers.

Herm que acababa .de contar la breve historia a Alina Lindstrom que estaba perpleja, y antes de reponerse del extraño relato, Herm señaló el magnetófono y preguntó:

—Y ahora dime... ¿Es ese aparato el que tu padre recibió ayer?

—Creo que sí —murmuró ella.

Irving lo tenía entre sus manos. Lo iba a conectar.

—¡Espere! —pidió Herm—. No lo toque.

Irving vaciló. Alina quiso saber:

—Es un magnetófono de tipo corriente. ¿No?

—Es posible.

—¿No quiere oír la grabación? —preguntó Irving y el profesor dudó.

—Bien —dijo al fin—. Conecte.

Irving accionó el botón para poner en funcionamiento el pequeño aparato.

CAPITULO XI

En la habitación de las conexiones un circuito conectado a un cable avanzaba hacia el transformador. Era una onda retardada que cuando alcanzara su objetivo haría saltar todos los empalmes provocando un estallido en cadena.

Delmayer se alejaba con su automóvil de la sede del laboratorio con la satisfacción del deber cumplido.

Entretanto Irving había conectado el magnetófono.

Tras unos segundos de escucha los tres reunidos en el estudio de Lindstrom cambiaron sendas miradas.

—No hay nada grabado —murmuró Alina.

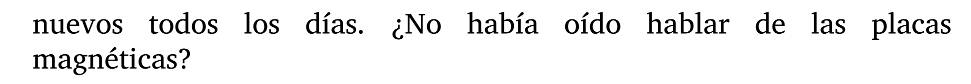
No. La extraña música que el padre de la muchacha había oído el día anterior no aparecía por ninguna parte.

Irving sacó la tapa trasera del aparato y comentó:

—Es de placa magnética. Pero no hay nada. Vea —y la mostró al profesor que examinó unos momentos el aparato.

—Es extraño. Nunca había visto uno de ese tipo.

—Ni yo tampoco. Pero ya sabe que de estas cosas salen modelos


nuevos todos los días. ¿No había oído hablar de las placas magnéticas?

—Por supuesto. Pero ahora observaba la simpleza de los circuitos. Todo es elemental.

—Es verdad —admitió Irving fijándose más detenidamente—. No es como los otros. Le faltan piezas. Válvulas y no tiene circuitos. Debe tratarse de una nueva técnica.

—La casa K parece que está haciendo propaganda mandando esos aparatos gratis.

—¿Gratis? —inquirió Irving.

—Tengo uno en casa. Mi mujer me lo ha dicho cuando la he llamado por teléfono. Quizá el mío tenga algo grabado.

—¿Cree que ese magnetófono puede tener algo que ver con...? —empezó Alina y se interrumpió ella misma para exclamar—. ¡Oh! ¿Dónde están mis padres? Ellos podrían explicar lo que realmente ocurre. Tengo miedo. ¿Sabe?

—Cálmate, Alina. Te llevaré a mi casa.

—¿Por qué no puedo quedarme aquí?

—Tal como están las cosas es mejor que vengas conmigo.

—Hablando de cosas. Hace rato que no oímos noticias —adujo Irving avanzando hacia el televisor que puso en marcha inmediatamente.

Un locutor entrevistaba a varias personas tratando de informar respecto a la confirmación de los sabotajes.

—¿Y eso que ocurre en el mundo, Herm...? ¿Qué pasa en realidad?

Nadie sabía lo que ocurría. O acaso sólo unos pocos. Unos pocos que iban aumentando de número progresivamente y a medida que el repartidor iba dejando en distintas casas un pequeño magnetófono señalado con la letra K.

La extraña música que surgía de la placa magnética del aparato era algo que envolvía la mente, traspasándola, transformándola, introduciéndole ideas nuevas y concretas, perfectamente claras y

concisas, y por encima de todo altamente convincentes.

Eso le estaba ocurriendo en esos momentos a uno de los encargados de mantenimiento de un edificio oficial.

La música, las ondas penetrantes, aquella introducción firme y concreta de unas ideas actuaba según la personalidad de cada cual, pero el resultado final era siempre el mismo.

Una vez escuchados los primeros compases ya no se podía resistir el deseo de llegar hasta el fin.

Una droga que fuere ingerida por vía bucal o intravenosa no tenía la potencia ni el poder de acción de una simple grabación.

Un lavado de cerebro por los más modernos procedimientos se quedaba anticuado ante los rápidos y contundente resultados de la música que emanaba de los magnetófonos K.

El empleado, con visión certera de la misión por la que era requerido sabía claramente lo que iba a hacer aquella tarde cuando entrara su turno.

Mentalmente se veía a sí mismo colocando dos simples cargas en determinados conductos. Luego provocar un simple cortocircuito y el edificio volaría por los aires.

Y entretanto, en casa de los Lindstrom, Herm Handers había convencido a Alina para que se quedara en su casa.

—Yo volveré al laboratorio —dijo Irving—. Tengo que terminar unas cosas.

Iba a cerrar el televisor cuando llegó la noticia por la cual tanto eljoven como el profesor Handers supieron que ya nunca más podrían volver al laboratorio.

¡Estaba ardiendo!

CAPITULO XII

El espectáculo era trágicamente grandioso. Las amplias naves de los laboratorios ardían como una inmensa pira, ayudados por la fácil combustión de los materiales inflamables, algunos de los cuales producían explosiones interiores.

Nada podía hacerse para dominar el siniestro. Un aparato de socorro sobrevoló muy cerca de las llamas para derramar nieve carbónica sin obtener el menor resultado. Una segunda pasada en vuelo rasante significó la pérdida del aparato y su piloto. Alcanzado por las llamas, el pequeño avión de socorro cayó sobre la pira ante la consternación de los testigos del siniestro.

El profesor Herm Handers, juntamente con Irving y Alina estaban a cierta distancia presenciando lo que ya no tenía remedio.

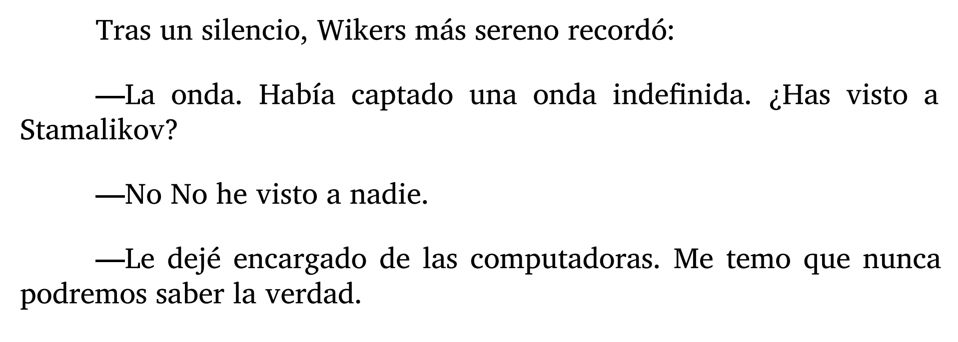
Wikers llegó en aquellos instantes y al ver a Herm se aproximó.

—¡Cielo Santo! ¿Cuántas víctimas ha habido? ¿Se sabe?

—Sólo se han salvado dos o tres. El resto de los que estaban dentro perecieron.

—¡Tengo que saber las causas que han provocado esta catástrofe! —rugió Wikers agitando al aire los puños.

—Cálmate, amigo. Ya nada puede hacerse.



Tras un silencio, Wikers más sereno recordó:

—La onda. Había captado una onda indefinida. ¿Has visto a Stamalikov?

—No No he visto a nadie.

—Le dejé encargado de las computadoras. Me temo que nunca podremos saber la verdad.

—¿Cuándo captaste esa onda? —inquirió Herm.

—Hace unos días. Fue por casualidad. Creí que se trataba de una interferencia normal. Cuando vi aparecer unos datos erróneos me dispuse a corregir la frecuencia y entonces observé que la interferencia no procedía del laboratorio. De hecho no interfería nada. Era simplemente una onda desconocida. Avisé a los del programa espacial por si habían introducido alguna modificación. Me dijeron que no. Pero ellos también habían captado esa onda aunque con ciertas intermitencias.

—No sabía eso —dijo Herm.

—No es tu departamento, Y no influye para nada en tu labor investigadora. Además, lo hice corregir. Irving estaba presente. ¿Eh?

Irving asintió murmurando.

—Recuerdo que no le dimos importancia.

—Al principio no, pero al persistir quería comprobar la evolución. Todos los datos están ahí... —señaló el fuego— destruidos.

Herm estaba pensando en el magnetófono que le aguardaba en su casa.

—Di algo, Herm —exclamó Wikers ante el prolongado silencio de su colega.

—Pienso que quizá convendría captar esa onda en la Sede de los Programas Espaciales.

—Una buena idea —aprobó Irving—. Iré con usted.

—Dejaremos a Alina en mi casa —dijo Herm.

—Yo voy delante —se ofreció Wikers.

Poco después el vehículo del jefe y el del profesor se ponían en marcha.

Herm Handers dejó a Alina junto al pequeño jardín delantero de la casa.

—Dile a Inger que quizá me retrase un poco.

La muchacha asintió y Herm prosiguió el camino. Wikers había tomado una buena delantera.

El edificio principal de la Sede de los Programas Espaciales estaba protegido por una alta valla metálica que le aislaba por completo. Y las dos únicas puertas de entrada que existían se hallaban fuertemente custodiadas. Era necesario un permiso especial para cruzar aquella valla que se obtenía mediante la identificación del número del solicitante.

Los encargados del mantenimiento eran gente de absoluta confianza, y aun así en los relevos de trabajo, tanto a la entrada como a la salida, eran concienzudamente detectados.

Así, el empleado que horas antes había estado escuchando el magnetófono llegó casi a la vez que Wikers. Saludó al guardián de turno y se introdujo en la cabina de control. Todo era rutinario.

La pantalla detectora no indicó anomalía alguna y el empleado prosiguió su camino, mientras Wikers hablaba con el oficial mostrándole una placa.

—Necesito hablar con el general.

El oficial tomó la placa metálica de Wikers y la introdujo en un casillero en el interior de la cabina detectora. La respuesta fue casi instantánea facilitando la entrada al solicitante.

Wikers, muy a pesar suyo, se sometió al detector y luego prosiguió a pie su camino hasta la entrada que le habían indicado.

Herm e Irving llegaron algo después y previa la obtención del permiso se reunieron con Wikers que en aquellos instantes se hallaba en el despacho del general, responsable absoluto de cuantos proyectos salían de aquellas paredes.

Entretanto, el empleado ya en su puesto de trabajo empezaba lo que venía a ser la rutina diaria de inspección, excepto que esta vez al

pasar por delante del depósito de explosivos de emergencia, cuya puerta estaba herméticamente cerrada, se detuvo y utilizó los controles de emergencia para entrar en el depósito y sacar de él dos pequeñas cargas. Pequeñas en tamaño pero tremendas en poder.

Salió tranquilamente recordando todo lo que tenía que hacer a continuación. Cualquiera, al verle recorrer los corredores subterráneos, hubiera pensado que el empleado estaba realizando su rutinaria labor.

En su despacho el general estaba mostrando a sus visitantes unos informes a través de la pantalla, de acuerdo con los datos que facilitaba una computadora.

—Es una onda desconocida, en efecto. Procede de algún punto del espacio.

Wikers se volvió hacia Irving para inquirir.

—¿Qué me dice del satélite?

—No. Al menos directamente. ,

—¿Qué quiere decir?

—Tal vez pueda ser una interferencia —creyó comprender Herm.

—Sí, tal vez... Cualquier onda normal, al rebotar en la superficie del satélite, podría sufrir una modificación. No está probado, pero es lo único que se me ocurre,

—¿Pero qué tendría que ver esto con el caos que se ha organizado? —preguntó el general.

—Si se trata de lo que yo digo, nada —manifestó Irving.

—A menos que... —intervino Herm—. A menos que esa onda procediera de otro sitio.

—¿Se está refiriendo a... otro planeta? —preguntó Wikers.

—Parece absurdo, pero... si fuera así...

— ¡Una onda destructora! —exclamó el general—. ¿No le parece demasiada imaginación, señor Handers?

—Deme una explicación lógica a lo que está ocurriendo, general. Démela si puede y retiraré lo dicho.

—Se está investigando. No hay duda de que se trata de sabotaje.

—Destruir todo lo que ha costado años crear es más que un sabotaje a mi entender... Miles de representantes de todo el orbe han muerto. No hay discriminación de naciones. Sólo una mente perturbada puede hacer esto... O un cerebro distinto a los nuestros que busca el logro de algo que por lo visto puede conseguir.

Todos miraron a Handers que concluyó muy gravemente :

—Señores. Temo que lo ocurrido hasta ahora sea sólo el principio de algo terrible.

—¿Tan terrible como la destrucción de todo el planeta? —preguntó Irving tratando de adivinar el alcance de aquellas palabras.

—Es posible.

- ¡Absurdo! —bramó el general—. ¿Quién pretende destruirnos y por qué?

—Ojalá pudiera contestar a esas preguntas, general. Aunque quizá sí pueda... Tengo que escuchar lo que está grabado en ese magnetófono.

Ni el general ni Wikers comprendieron las últimas palabras de Handers, pero éste se disculpó y salió de la Sede acompañado de Irving.

—Wikers —dijo antes de salir—. Más tarde me reuniré en su casa. Hasta la vista.

Y ya en el coche, Irving dijo:

—Yo también siento deseos de escuchar esa grabación.

- No, Irving. Yo te ruego que hagas algo mejor entretanto. Esto puede ser cuestión de tiempo.

—¿Qué quiere que haga?

—Busca a Stamalikov y procura localizar a los supervivientes de la catástrofe. Que se reúnan todos en casa de Wikers. ¡Ah! Y llévate el magnetófono que hemos cogido de casa de Lindstrom. Que procuren

entre todos de dónde procede y cómo está fabricado.

Irving tomó el aparato que estaba en el asiento trasero del automóvil, cuando Herm Handers detenía su coche preguntando:

—¿Te va bien que te deje aquí?

—Sí. Vivo cerca. Haré las llamadas desde casa. Y no me tenga en ascuas, profesor.

—Tan pronto como sepa algo de esa grabación me pondré en contacto contigo. —Iba a decir algo más. Dudó, pero al fin empezó—. Si algo me ocurriera... Bueno, no tiene por qué ocurrir nada —y para sus adentros añadió—: “Al menos eso espero”.

CAPITULO XIII

El lugar se asemejaba al compartimiento de lujo de una nave de placer propulsada por energía nuclear, de las muchas que surcaban los mares para realizar cruceros que sólo podían costear los ricos.

Era bastante grande y de paredes metalizadas, relucientes pero sin dañar los ojos. En algún lugar la misma pared se convertía en un panel de luces que oscilaban intermitentemente sin producir la menor molestia.

No había ventana alguna que comunicara con el exterior, sin embargo, la claridad era absoluta, y la temperatura ambiente resultaba grata, igual que el aire que se respiraba dentro de aquel

"sitio” donde se hallaban reunidas media docena de personas, sentadas en varias de las butacas de que disponía aquella lujosa plataforma, absolutamente hermética.

De entre los reunidos, Handers hubiera reconocido a Delmayer y a los Lindstrom.

Ahora todos permanecían allí en actitud de espera, silenciosos, pendientes de “algo” que les sería comunicado “a su tiempo”.

Rosy Lindstrom rompió el silencio para manifestar con voz fría e impersonal.

—Nuestra hija, Karl. ¿Puedes “ver” si vendrá? Yo no lo consigo.

—Yo tampoco, Rosy. Pero no podíamos esperarla. Ya conoces las instrucciones. Debemos evitar ser detenidos. Handers sospecha algo. Sería terrible si lo descubriera. Nadie debe saberlo.

—Sí, de acuerdo, pero preferiría que Alina estuviera con nosotros.

—Irving también ha recibido el aparato. Confiemos en que Alma esté con él. Esto nos devolvería a nuestra hija.

—¿Y los Handers? ¿Ellos no...?

—Sí, Rosy. También ellos. También ellos han sido elegidos. Pero mi temor es que Handers pueda descubrir “algo” antes de que haya escuchado la música..

Herm Handers acababa de llegar a su hogar. Abrazó a su mujer que desacostumbradamente se mostró nerviosa y agitada.

—No paran de dar nuevas catastróficas. El sector de comunicaciones aéreas de la base sur ha sido destruido de forma parecida a los otros. Algunas fábricas en todo el mundo son pasto de las llamas, y la editora por la que trabajaba Karl Lindstrom...

Esto último llamó poderosamente la atención de Handers que frunció el entrecejo pensativo.

—¿La editora? —repitió.

—¿Qué pasa, Herm? Empiezo a tener miedo. No he querido decir nada delante de Alina, ella me ha contado... ¡Cielos! ¿Qué es lo que tienes en la cabeza, Herm? Tú sospechas algo. ¿Verdad?

—¿Dónde está el magnetófono que me han enviado? —preguntó el profesor por toda contestación.

—Lo he dejado en tu despacho —replicó Inger.

Alina apareció por el fondo.

—Profesor… ¿Va a escuchar la grabación?

—Tengo que hacerlo.

Se produjo un momento de tensión. Inger no comprendía demasiado bien el daño que podía causar el oír una simple grabación en un magnetófono pero presintió que podía ocurrir algo.

—¡Herm, no lo hagas! Si crees que puede existir un peligro no lo hagas…

—Es necesario —murmuró.

* * *

Simultáneamente, Irving se hallaba hablando con un par de técnicos en electrónica. Eran compañeros del laboratorio que en estos momentos se hallaban examinando el magnetófono. Ambos coincidieron al afirmar.

—No. El material es desconocido, pero tiene que ser muy sensible. No lleva transistores, ni pilas continuas. Toda su composición produce el fluido necesario para que pueda ser reproducida una placa.

—Yo tengo una —dijo el otro.

Buscó la placa grabada y la colocó en el aparato. Irving hizo un gesto de contrariedad al comprobar que no ajustaba bien.

—Son modelos distintos y se acoplan magnéticamente, pero la aleación es diferente. Esta ni siquiera ajusta.

—Se puede probar con un adhesivo —replicó el técnico y seguidamente se puso a manipular para fijar la placa y conseguir su funcionamiento.

—¿Puede tener esto algo que ver con la onda que captó el profesor Wikers? —inquirió el otro técnico, en tanto el compañero seguía fijando la placa.

—No lo sabemos. Ya os he contado todo lo que sé al respecto.

—¿Handers tiene alguna sospecha concreta?

—No me ha hablado directamente, pero teme que la grabación puede ser dañina.

Stamalikov se reunió con ellos en aquellos instantes. Todavía venía impresionado.

—Había salido un momento. Vi el incendio de lejos. Por poco me pillan dentro. —Y fijándose en el aparato que estaba manipulando el compañero preguntó—. ¿Vais a escuchar música?

—Este es un aparato muy especial —murmuró el técnico terminando su labor.

—¿Especial?

—Es de un material desconocido. Lo recibió un amigo del profesor Handers en su casa y no ha vuelto a saberse de él. El mismo Handers tiene otro en. su casa. Se ignora quién los reparte, pero su funcionamiento no obedece a ninguna de las técnicas conocidas. Me gustaría saber cuántos más han recibido chismes de esta clase.

—¿Y qué se supone que emite ese chisme? —inquirió Stamalikov.

Tras un silencio Irving explicó.

—Los que lo saben no lo han dicho, pero dadas las circunstancias..., podría tratarse... parece descabellado, pero, podría ser que...

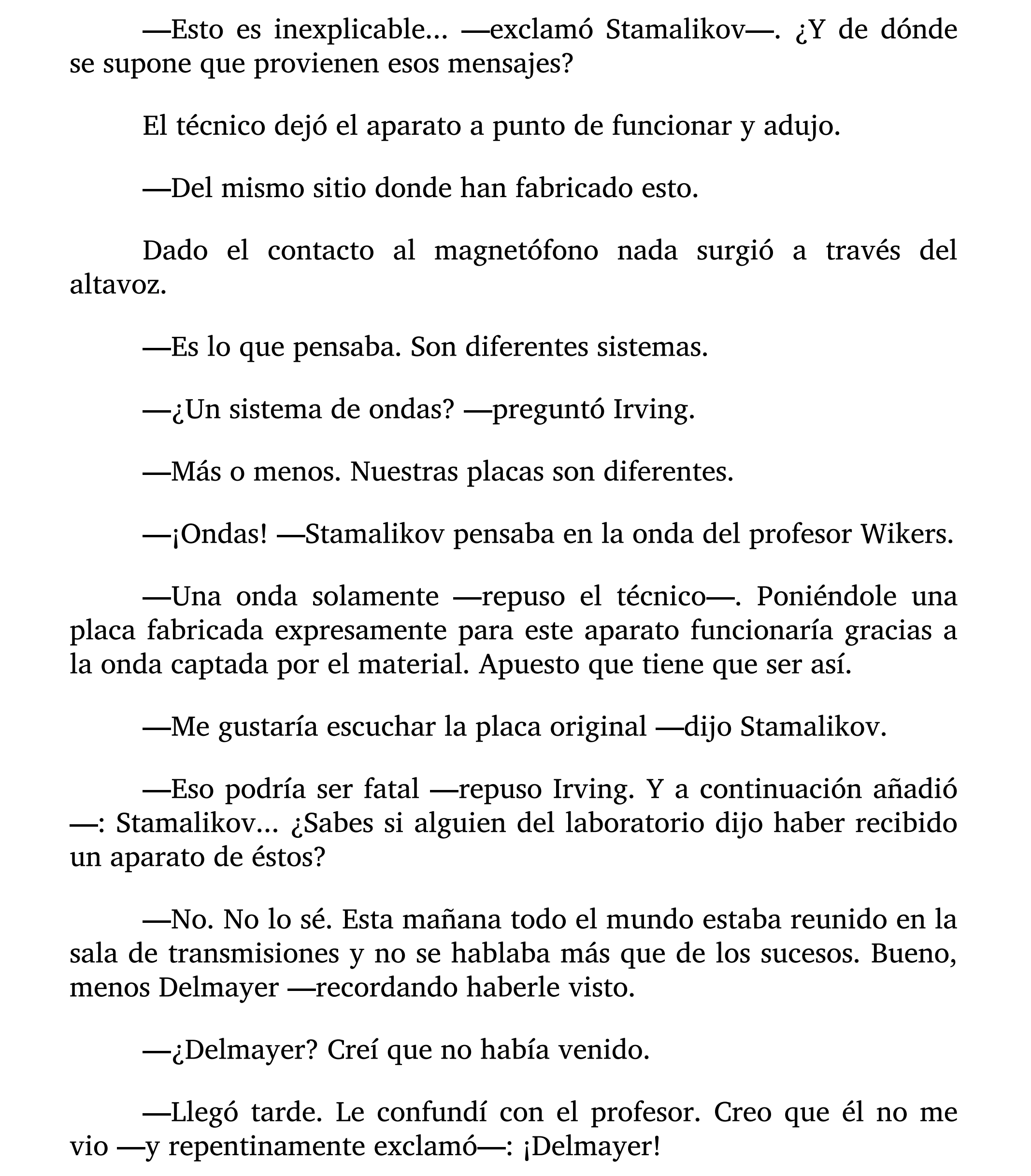
—Bueno, suéltalo ya —repuso Stamalikov.

—Podría trasmitir ondas especiales, mensajes.

Stamalikov se rascó la cabeza.

—¡Mensajes! ¿Mensajes destructores? ¿Te refieres a esto?

—Supongo que Handers ha llegado a la misma conclusión.



—Esto es inexplicable… —exclamó Stamalikov—. ¿Y de dónde se supone que provienen esos mensajes?

El técnico dejó el aparato a punto de funcionar y adujo.

—Del mismo sitio donde han fabricado esto.

Dado el contacto al magnetófono nada surgió a través del altavoz.

—Es lo que pensaba. Son diferentes sistemas.

—¿Un sistema de ondas? —preguntó Irving.

—Más o menos. Nuestras placas son diferentes.

—¡Ondas! —Stamalikov pensaba en la onda del profesor Wikers.

—Una onda solamente —repuso el técnico—. Poniéndole una placa fabricada expresamente para este aparato funcionaría gracias a la onda captada por el material. Apuesto que tiene que ser así.

—Me gustaría escuchar la placa original —dijo Stamalikov.

—Eso podría ser fatal —repuso Irving. Y a continuación añadió —: Stamalikov… ¿Sabes si alguien del laboratorio dijo haber recibido un aparato de éstos?

—No. No lo sé. Esta mañana todo el mundo estaba reunido en la sala de transmisiones y no se hablaba más que de los sucesos. Bueno, menos Delmayer —recordando haberle visto.

—¿Delmayer? Creí que no había venido.

—Llegó tarde. Le confundí con el profesor. Creo que él no me vio —y repentinamente exclamó—: ¡Delmayer!

—¿Qué?

—Se dirigió al cuarto de conexiones. Bueno, esto es bastante normal, pero…

Irving cortó tajante.

— ¡Hay que llamar inmediatamente a su casa!

Se dirigió al teléfono y añadió:

—Necesito saber si ha recibido uno de estos aparatos.

Intentó la comunicación inútilmente. Nadie contestó.

—Puede que se asaran en el incendio —dijo Stamalikov con una sonrisa, como si nada pudiera contra su buen humor habitual.

—¿Y su mujer?

—En casa de unos amigos. ¿Es lógico, no, si su marido ha muerto?

—Stamalikov lo vio en el cuarto de las conexiones. Un lugar ideal para provocar un incendio. —Y en seguida decidió—: Reuniros con Wikers en su casa. Yo trataré de localizar a los Delmayer. Y de paso me llegaré a la casa de Handers.

* * *

Handers tenía en su mano el aparato. Estaba sentado frente a su mesa de trabajo. Al lado tenía otro magnetófono convencional. En la puerta su mujer y Alina le miraban aterradas.

—Bueno, marchaos.

—¡No lo hagas, Herm! ¡No lo hagas! —gritó Inger,

— ¡Por favor, Inger! Es un deber. Hay que conocer el mal para combatirlo. Alina, cuida de ella. ¿Quieres?

—Tenga cuidado, profesor.

—Claro que tendré cuidado —sonrió él tratando de animar a las dos mujeres.

Inger, muy asustada, se retiró, apoyada en Alina. Herm Handers se levantó y cerró la puerta. Luego volvió decidido junto al aparato.

Era un riesgo calculado.

Un riesgo, sin embargo, demasiado peligroso. Fatalmente peligroso.

CAPITULO XIV

Irving había preguntado en todas partes, pero nadie supo decirle lo que había sido del profesor Delmayer ni de su esposa.

Por fin y tras una pérdida considerable de tiempo, un muchacho que jugaba con otros en el jardín de enfrente le habló del magnetófono.

A preguntas de Irving el chico respondió:

—Sí. Vi como un repartidor le entregaba un paquete. Iba en una furgoneta. Al abrirla vi que llevaba otros paquetes iguales.

—¿Sabes lo que había en este paquete?

—No. Solamente oí cómo la señora Delmayer preguntaba que era y el repartidor le dijo que era de la casa K.

Irving supo así que Delmayer, en efecto, había recibido el aparato.

—¿Sabes cómo es esa furgoneta? ¿De qué tipo? ¿Podrías describirla?

— ¡Bah! Normal creo yo.

—¿Llevaba algún anuncio?

—No lo sé. Pero creo que no. Era más bien de tipo anticuado.

Una furgoneta corriente.

—¡Una furgoneta corriente! —murmuró alejándose del muchacho—. Una furgoneta que anda repartiendo la destrucción.

Tomó el coche para dirigirse a casa de Herm Handers y en su mente sólo había una idea.

“Es necesario encontrar esa furgoneta”.

Necesitaba primero hablar con Handers, pero al llegar a la casa del profesor, Alina, que se abrazó a él al verle, informó:

—Está dentro.

—¿Está... escuchando?

La muchacha asintió.

Sentado en un rincón Inger parecía no darse cuenta de nada.

En la calle, Krupmann, el joven y rubio policía, había visto a Irving descender del automóvil y posteriormente observó, como en el umbral de la puerta Alina y el joven se abrazaban. Ellos no habían reparado en su presencia, pero el agente se dirigió hacia la casa y llamó. Tenía un motivo importante para hacerlo... aparte del de ver a Alina. Abrió ella misma la puerta.

—¡Oh! ¿Eres tú, Krupmann?

—Te he visto al abrir la puerta —repuso él—. Quería hablar contigo precisamente. Estuve en tu casa. Llamé y no contestó nadie...

—No. No hay nadie —respondió ella tristemente.

—¿Es que ocurre algo, Alina?

Irving se aproximó.

—Entre, agente. Pensaba esperar pero cada segundo puede ser vital. Escuche. Es de todo punto necesario localizar una furgoneta de reparto. La conduce un hombre joven. —Se volvió hacia Inger y le preguntó—. ¿Podría usted describirlo?

—Yo le vi —terció Alina antes de que la dueña de la casa contestara—. Es joven y con cierto atractivo. Muy normal, muy corriente. Es difícil de describir, hay muchos como él. Estatura

mediana. Pelo rubio, creo, no tanto como tú, Krupmann. Quiero decir algo menos rubio. Me parece que tenía los ojos azules. Vestía corrientemente.

—No es una descripción muy concreta —repuso el agente—, ¿Y qué clase de furgoneta lleva?

—Un tipo anticuado, al parecer —respondió Irving recordando la vaga descripción que le hizo el muchacho que jugaba frente a la casa de los Delmayer—. No lleva ninguna inscripción.

—¿Y por qué motivo hay que localizarla?

—Ese repartidor está entregando ciertos aparatos. Magnetófonos. Pueden ser peligrosos.

—Bueno, pero se necesita una denuncia oficial.

—Oiga, Krupmann, no hay tiempo para denuncias oficiales. Detengan a ese repartidor y pongan la furgoneta bajo custodia. Es necesario que hablemos con ese hombre…

—¿Y quién tiene que hablar con él?

—El profesor Handers, o Wikers o yo mismo. Un científico. ¿Comprende? Es urgente.

—No es muy normal esto. Si ese repartidor no tuviera licencia,. ¿Dijo que repartía magnetófonos? ¿Hay peligro en eso?

—Krupmann. Nadie sabe lo que está pasando en el mundo. ¿Verdad? Vivimos un caos. Posiblemente es mucho más grave de lo que podamos imaginar. ¿Qué pensaría usted si esos magnetófonos fueran los causantes de todo lo que sucede?

Krupmann era bastante inteligente y despierto, pero no podía comprender aquellas palabras ni caberle en la cabeza que unos magnetófonos pudieran provocar aquellas catástrofes en cadena.

Medio sonrió, aunque preguntó seriamente:

—Bromea, ¿no?

—Ojalá fuera una broma.

—Bueno. Llamaré a la brigada. Usted se hace responsable de la denuncia, ¿no?

—Claro que sí. Dese prisa. Luego hablaré con Handers y con el Director Wikers. Ahora lo que importa es ganar tiempo.

—No crea que sea tarea fácil. No me ha dicho gran cosa. Si al menos tuviera alguna idea de donde se hace ese reparto.

—No, por supuesto que no... —Pero Irving reaccionó cayendo en la cuenta de algo—. Oiga, tal vez... El padre de Alina recibid uno de esos aparatos, también el profesor Handers y se supone que Delmayer... Todos son personas que de un modo u otro se responsabilizan de una labor.

Alina recordó aterrada el siniestro en la Editora Bergman.

—¡Cielos! Papá..

Para Irving cada vez estaba más claro.

—Delmayer en los laboratorios. Stamalikov le vio en el cuarto de las conexiones, poco después, los edificios eran pasto de las llamas. La Editora Bergman sufrid parecidas consecuencias... ¡Esos aparatos son distribuidos a personas que puedan ocasionar un mal!

Alina se había cubierto el rostro con las manos. Irving comprendió el daño que todo aquello le producía y murmuró:

—Lo siento.

Krupmann, perplejo pero realmente interesado, adujo.

—Si es lo que usted dice pueden correr peligro los edificios oficiales.

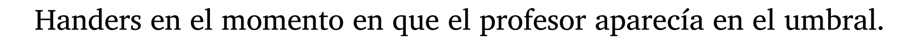
—Y las fábricas, y las bases... ¡Vigilen los domicilios de los principales responsables de los lugares importantes! ¡Y de los técnicos! Sobre todo los especialistas en electrónica, o explosivos.

—Sí, señor —Krupmann estaba ya plenamente convencido de la urgencia.

Irving, por su parte, sentía la urgente necesidad de hablar con Herm Handers.

—Tengo que saber lo que opina el profesor. ¡Y oír esa música o lo que sea!

Se dirigió resueltamente hacia la puerta del despacho de


Handers en el momento en que el profesor aparecía en el umbral.

—¡Profesor...!

Herm Handers guardó silencio y miró a cada uno de los reunidos de una forma extraña. Ausente casi.

Inger corrió hacia su marido para abrazarlo.

—Entre, Irving —le ordenó fríamente.

Luego la puerta se cerró tras los dos hombres.

CAPITULO XV

—¿La ha oído, profesor? ¿Ha escuchado la grabadora? —inquirió Irving.

—Sí.

Se hizo un silencio.

—Profesor. ¿Se encuentra bien?

—Sí, Irving. Me encuentro bien.

—¿Qué ocurre, profesor?

—Es todavía peor de lo que me figuraba. Escuche esto...

Herm conectó un magnetofón convencional y surgieron los primeros compases.

—Pero éste no es el aparato —indicó el joven.

—Conocía el riesgo y por eso he tomado mis precauciones. Se me ocurrió a última hora. Afortunadamente tengo esos viejos aparatos en casa. —Mostró una pantalla conectada a una pequeña computadora que puso en movimiento. Luego señaló la pantalla y explicó.

—Traspasé el sonido de ese magnetófono al mío, utilizando la computadora para que a su vez reflejara en pantalla las ondas de la grabación.

—Excelente idea, profesor.

—El sonido sale rectificado, y al pasar el transformador emite en distinta onda.

—Es raro. Quería hablarle de esto. Hemos examinado a fondo el magnetófono hallado en casa de Lindstrom. No funciona con nuestras placas. Es evidente que necesita una onda especial. En cambio el suyo ha funcionado.

—Con sonido rectificado. Observe.

La extraña melodía que emitía el aparato del profesor había perdido la musicalidad, pero la síntesis era la misma. Y en la pantalla quedaban reflejados los altibajos de la composición. Notas agudas, bajas, medias, ultrasónicas. Era toda una gama confusa compuesta en una escala musical distinta a todo lo conocido.

El proceso de datos indicaba el desconocimiento absoluto de la grabación, pero en un punto determinado aparecía el signo: Peligro, peligro, peligro.

PELIGRO.

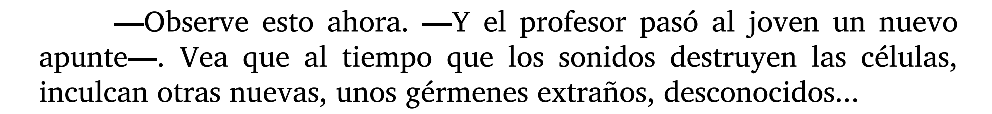
Y la luz roja oscilante corroboraba la advertencia.

Herm mostró unos apuntes a su joven colega.

—Ahora mire esto. Y deme su opinión.

Tras un breve repaso, Irving murmuró.

—Ondas ultrasónicas. Su densidad es imposible para el cerebro. Tiene que estallar. Quienquiera que oiga esto al natural no puede sobrevivir,



—Observe esto ahora. —Y el profesor pasó al joven un nuevo apunte—. Vea que al tiempo que los sonidos destruyen las células, inculcan otras nuevas, unos gérmenes extraños, desconocidos...

—¡Es... inaudito!

—Es monstruoso, Irving... Anulan la personalidad por completo. Proporcionan al individuo un cerebro completamente nuevo, distinto, con unas ideas inculcadas por esos gérmenes, más poderosos que todas las drogas conocidas.

—Esto es más que un lavado de cerebro...

—Mucho más, porque convierten a sus víctimas en auténticos robots programados. Es difícil de creer, y mucho más difícil es pensar que este sistema haya podido ser puesto en práctica, con un simple magnetófono. Desgraciadamente tenemos la evidencia.

—¡Profesor! He hablado con Krupmann para que busquen a la furgoneta y su repartidor. Es necesario evitar que estos aparatos se sigan repartiendo.

—Ha hecho bien, Irving. Particularmente me gustaría hablar con ese muchacho que hace el reparto. ¡Es necesario saber cuánta gente tiene esos aparatos! ¡Y destruirlos!

El profesor secó su rostro sudoroso no por el calor pero sí por la angustia del momento.

—Es terrible tener que pensar así... Pero quienes hayan escuchado esos sones en su reproducción normal deben ser destruidos, si es que queremos salvar nuestro planeta.

—Hay que llamar a todos los conocidos y advertirles del peligro.

—De acuerdo, Inger y Alina pueden cuidar de hacerlo. Usted venga conmigo. Quiero hablar con Wikers. Es necesario convocar una reunión urgente a nivel de gobierno. La noticia debe ser transmitida rápidamente a todo el mundo.

Y ambos hombres se pusieron en marcha. Tenían mucho que hacer y disponían de poco tiempo. De muy poco tiempo. Quizá ya era demasiado tarde.

* * *

Wikers vivía solo. La secretaria que llevaba sus asuntos particulares iba a salir cuando llegaron los dos hombres.

—¡Oh, profesor Handers! Pase. Pasen ustedes. Avisaré al profesor Wikers. Está en su despacho. Aguarden un momento.

La muchacha desapareció para regresar a los pocos instantes e informar.

—El profesor Wikers saldrá en seguida.

—¿No ha venido nadie más? —preguntó Irving.

—¿Tenía que venir alguien?

—Tres ayudantes de laboratorio. Stamalikov y...

—No. No ha venido nadie. Disculpen. Yo tengo que irme.

—Sí, desde luego, por nosotros puede irse.

Al quedarse a solas los dos hombres, Irving comentó su extrañeza.

—Les rogué que vinieran directamente a casa de Wikers. ¿Qué puede haber pasado?

— Ahora ya no es muy importante, Irving. Lo que interesa es que Wikers conozca mi informe.

Irving trató de calmar su impaciencia paseando por la amplia estancia.

—Se proponen destruir el mundo —dijo de pronto—. ¿Con qué fin, profesor? Nadie destruye nada sólo por el placer de hacerlo...

—Primero habría que conocer a esa clase de gente. Saber de dónde proceden. Son inteligentes, no cabe duda...

—Tal vez quieran destruirlo todo para ocupar nuestro planeta.

—También he pensado en esto —murmuró Herm con cierto pesimismo.

Irving conectó el aparato televisor y así ambos pudieron enterarse de la relación de los últimos siniestros.

—La base más importante del oeste ha sido destruida. Igual que la fábrica de suministros eléctricos que abastece todo el Sur del Continente. El mundo entero se debate ante una amenaza desconocida. Un poder invisible y oculto nos acecha. Las autoridades reclaman serenidad mientras se aumenta la vigilancia en los puntos clave, pero en algunos sectores se duda ya de la policía porque según rumores unos agentes uniformados provocaron la destrucción de la Sede de Telecomunicaciones de una zona del sector Este. Naturalmente estos rumores no han podido ser confirmados…

Irving cortó la comunicación.

—Se han infiltrado por todas partes, profesor. Han conseguido elementos en todos los estamentos, ingenieros, profesores, policías. De verdad que nunca creí que una posible invasión tuviera lugar de ese modo.

—Usted había hecho algunos estudios sobre esto, Irving.

—Sí, profesor, y tenía miedo. Siempre temí por nuestra escasa inteligencia. Ahora creo que sólo hay un medio. Ir al satélite. Quizá desde allí podamos hacer algo positivo.

—No sería mala idea.

—¡Profesor! Voy a la base. Hable usted con Wikers. A mí no me necesitan. Sólo necesito una firma para ser autorizado a volar. Si me ponen dificultades le nombraré a usted.

—Desde luego. Vaya usted a la sede. Yo hablaré con el mayor Hengels, es amigo mío. Espero que dadas las circunstancias pueda pasarse por alto la burocracia.

—Dígaselo a Wikers. Haré que preparen otras naves. En el satélite necesitaremos buenos expertos. Adiós, profesor, ¡Ah! Utilizaré su coche.

—Por supuesto —repuso Herm.

Irving salió corriendo a la calle y subió al vehículo del profesor. Lo puso en marcha rápidamente y aceleró cuanto pudo.

CAPITULO XVI

- ¡Stamalikov! ¿Qué haces tú en la base?

Apenas Irving había cruzado la puerta de las oficinas de la base se cruzó con el ayudante y le soltó la pregunta.

—Ordenes —fue la respuesta de Stamalikov.

—¿Ordenes de quién?

El joven señaló arriba con el dedo.

—Tenías que haber ido a casa de Wikers. ¿Y los otros, dónde están? —Irving se refería a los técnicos que habían examinado el aparato magnetofónico.

Stamalikov se encogió de hombros. No sabía nada y tenía prisa en marchar.

—Espera. Quizá te necesite. No sé con quién puedo contar, pero necesitaré gente.

—¿Para qué?

—Voy al satélite.

—¿Qué?

—No tengo tiempo para explicarte nada, pero mis sospechas se

han confirmado. Es algo horrible... Alguien ha mandado esos magnetófonos a nuestro planeta. Handers ha descubierto su tremendo poder destructor.

Stamalikov no parecía demasiado convencido.

—Bien, yo no puedo hacer nada. Tengo órdenes.

- ¡Espérame aquí! Hablaré con el mayor. Le pediré que te deje conmigo. ¿Sabes? La única forma de conservar el planeta es evitar que siga ese reparto y eliminar a todos los seres que han escuchado esa música que les ha convertido en robots.
- ¿Hablas de matar a la gente? Te has vuelto loco. Todos se han vuelto locos. Andáis a ciegas y habláis de matar. ¿Te parece esto justo?

—Son como seres sin alma. Actúan igual que autómatas. ¿Es que no te das cuenta?

—Son inteligentes, Irving. Más inteligentes que nadie. El más sabio de todos nosotros es un analfabeto a su lado. Debemos beber de esas mismas fuentes. Debemos ser como ellos.

—¡Ellos ya no son nada! ¡Compréndelo, Stamalikov!

— ¡Son los amos!

—Son materia que será destruida y morirá por una causa que ellos mismos desconocen.

—¡Son los amos! —Stamalikov hablaba como un iluminado—, ¡Seremos los amos!

Irving sintió terror.

—Tú también... Tú has oído esa música. ¡Cielos! ¡Stamalikov, yo te necesitaba! No puedo hacerlo todo. Son muchos los que quieren seguir viviendo.

Stamalikov sonrió complacido, triunfante. Sus ojos brillaban como si en ellos se reflejara una luz, potente, cegadora casi. .

* * *

Wikers salió de su despacho y encarándose con Herm Handers manifestó:

—No debes preocuparte por nada. He hablado con la Jefatura de Seguridad. La situación está controlada.

—¿Controlada? ¿Has oído las últimas noticias?

—Estoy al corriente de casi todo.

—Wikers… Tú no puedes saber lo que ocurre realmente. Tengo la prueba. Quiero que eches un vistazo a mis informes. —Y extrajo los apuntes de una carpeta, añadiendo—: Irving, tu adjunto ha sido testigo… Una grabación ultrasónica capaz de convertir a los seres humanos en robots.

—Lo sé —fue la respuesta de Wikers.

—¿Lo sabes?

—Sí. Se han hecho averiguaciones en otras partes del mundo. No somos los únicos.

—Bien. ¿Qué medidas se han tomado?

—Esto es cuestión de los gobiernos.

—Wikers, yo creo que es cuestión de tiempo. Irving ha tenido una buena idea tratando de mandar una expedición al satélite. No estoy muy seguro pero quizá desde allí podríamos combatir esa onda que les permite que sus magnetófonos funcionen. ¡Es su único punto de contacto con nosotros, Wikers! Si no hacemos algo, y pronto, todo el planeta arderá por los cuatro puntos cardinales.

—No creo que desde el satélite sea factible hacer más que desde aquí. Desde luego el asunto no está en nuestras manos. Adiós, Herm, tengo bastante que hacer. El Secretario General me espera.

Herm salió desconcertado. Esperaba mayor comprensión de aquella entrevista, y pensó que Wikers no había comprendido la magnitud de la situación.

Se encontró solo en la calle. Apenas había nadie. La ciudad, pese a encontrarse prácticamente en uno de los centros más concurridos estaba desierta. Parecía una población abandonada, y se puso a

caminar por entre aquellos monstruos de aluminio y cristal que impedían el paso del sol y de la luz.

Pensó que de no ocurrir un milagro todo aquello sería destruido y se sintió más abatido que nunca, impotente por no poder actuar. No. De veras no comprendía la frialdad de Wikers ante una situación como aquélla.

Quizá la hubiese comprendido totalmente de haber escuchado las palabras que el profesor jefe Wikers y el Secretario General sostenían poco después.

—Todo está a punto —decía el primero.

—¿Has hecho las conexiones? —preguntaba el secretario.

—He conectado la carga especial en el conducto general subterráneo. Afecta al sistema de gas. Toda la zona quedará destruida —sonrió Wikers.

Sí. Wikers. Sobre su mesa de despacho tenía todavía el magnetófono que había estado escuchando mientras Irving y Handers le aguardaban.

La tremenda explosión lanzó al profesor Handers a varios metros de distancia. Rebotó contra una pared y sintió magulladuras por todo el cuerpo.

Desde el suelo pudo ver a unos trescientos metros la llamarada. Toda una zona había sido volada. El pavimento de la calle se había agrietado o hundido.

Se incorporó aterrado, le dolía el cuerpo y sangraba su nariz. Observó la calle donde se hallaba. Estaba intacta, pero pensó que de un momento a otro podía estallar. Porque la destrucción seguía a ritmo galopante.

* * *

En la base, cuando Irving comprendió la terrible verdad referente a Stamalikov pensó en las consecuencias inmediatas.

—¡La base! ¡Está aquí para hacer volar la base!

Stamalikov se había alejado riendo a mandíbula batiente. Por un instante hubiera querido aplastarle. Tener un arma y acabar con él. Pero no lo hizo. EL NO QUERIA MATAR, a pesar de que comprendía que la destrucción de aquellos seres absolutamente cambiados era necesaria, sin embargo la violencia no era su estilo y por otra parte pensaba en la base. En avisar y en salvar algunos bólidos.

Corrió como un loco hacia uno de los hangares.

“Debe haber colocado un explosivo retardado —pensó—, ¿De cuánto tiempo dispongo?"

Sabía que si la explosión le pillaba allí iba a morir, pero tenía que arriesgarse. Avisar, salvar la mayor cantidad posible de naves...

Abajo, en un subterráneo, un tubo conectado a una batería había sido introducido en uno de los cuadros de mandos y conectado a otros. En los terminales podía verse un tipo de explosivo de alto poder pese a su aparente insignificancia. Un reloj marcaba el tiempo. La manecilla avanzaba hacia el punto cero. Estaba en el guarismo 15.

Irving había conseguido hablar con uno de los jefes.

—¡Peligro! ¡Esto va a estallar! Intenten evitarlo. Seguramente las conexiones están en el sótano.

El jefe de aquel hangar dudó unos instantes, pero los sucesos ocurridos a lo largo del día no eran como para tomarse a broma la advertencia.

—¡Vamos, muévase!

Luego comenzó a dar instrucciones para quitar las naves.

—Avisen a todos los pilotos. Hay que sacarlas de aquí.

— ¡Pero esto no puede hacerse sin una orden!

—¡Cuando todo esto vuele por los aires ya no necesitará esa orden, mayor! —gritó Irving.

Las manecillas del contador estaban ya en el guarismo 13.

Aparecieron los pilotos. Uno de ellos, amigo de Irving por haber efectuado con él las pruebas de vuelo, advirtió a los demás:

—Vamos, hacedle caso. Irving no se inventaría una cosa así.

El comandante en jefe de la base apareció a lo lejos en su bólido. Venía furioso.

Abajo el contador seguía marcando.

Once, diez, nueve...

—¿Qué diablos pasa aquí? ¿Todo el mundo se ha vuelto loco? —bramó el comandante.

Irving trató de explicárselo.

—Necesito sacar la Nave. La remolcaré hasta la base II. He pedido a los pilotos que saquen los bólidos pequeños. Que los eleven para evitar la catástrofe... He pedido también que evacúen el edificio.

—¡Maldita sea! Usted no puede dar órdenes. No quiero que cunda el pánico.

- en el contador; OCHO, SIETE, SEIS.

El vehículo remolcador estaba preparado. Dos hombres habían asegurado la nave que precisaba de sistemas más complicados para elevarse.

—¡Vamos, señor! Toque alarma. Cada segundo es vital.

- ¡Preparado, Irving! —dijo uno de los que habían enganchado la nave.

Irving corrió hacia uno de los controles de alarma y pulsó el botón. De inmediato sonó la sirena. Era una clase de aviso que no se había utilizado nunca. Significaba una orden para el abandono total de los edificios.

—¡Esto le costará caro, Irving! —gritó el comandante y en seguida llamó a los agentes de seguridad, pero éstos, contagiados del pánico, dudaron en obedecer.

- ¡He dado una orden! ¡Impidan la marcha de las naves!

- abajo: CINCO, CUATRO, TRES.

—Haga lo que quiera, comandante —repuso Irving, y en la cabina del pesado vehículo, dio el encendido.

Su compañero había despegado ya con el bólido, y otros pilotes intentaban hacer lo propio.

—¡Disparen! ¡Disparen! —gritó el comandante.

Un poco tardíamente los agentes dispararon, pero el propio jefe rectificó la orden.

—¡Van a dañar la nave! ¡Déjenlo. Persíganlos,

—DOS, UNO.

La base se había convertido en un auténtico caos ya que todo el mundo trataba de ponerse a salvo.

La manecilla llegó al final de su recorrido.

CERO.

La explosión tenía sus precedentes en las ocurridas en otros edificios, en otras fábricas, en otras bases.

El comandante fue empujado por el poder de la onda. Los bólidos que no habían conseguido despegar quedaron allí para siempre.

Los cascotes alcanzaron a los que aún no habían tenido tiempo de salir, otros murieron por el mismo efecto de la explosión.

Irving había logrado alejarse lo suficiente para no caer víctima de la onda expansiva.

CAPITULO XVII

Herm Handers llegó jadeante a su casa. Su mujer se le echó en brazos y lloró.

- ¡Dios mío! Es el fin... Las comunicaciones han quedado cortadas. Ya no transmiten. La gente huye sin saber a dónde.

—Calma. Irving nos sacará de aquí. Ha ido a la base.

La puerta había quedado abierta y en el umbral apareció el joven agente Krupmann.

—Profesor...

—¡Ah! Hola. ¿Qué hay?

—He oído lo que decía. La base ha volado.

- ¡No! —Gritó Alina en una exclamación que le salía de los más hondo del alma.

—Alina. He encontrado al repartidor de esos aparatos.

—¿Eh? —Herm avanzó hacia el joven agente—, ¿Dónde está?

—Lo traerán hacia aquí. Tal como están las cosas uno no sabe dónde ir. Han volado la central de seguridad.

—¿La central de seguridad, también?

—Sí, profesor. Pronto no quedará nada, por eso pienso que debería intentar salvar a Alina. ¿Quiere venir conmigo? Conozco un sitio seguro.

—¿Tardará mucho en llegar ese hombre? —intervino el profesor.

—No lo sé. Tal como andan las cosas.

—Quiero hablar con ese hombre. Quizá aún sea posible hacer algo. Oye, Krupmann, llévate también a mi mujer a ese lugar seguro. Yo iré más tarde, en cuanto pueda.

- ¡No! —protestó Inger—, Si tú no te vas yo también me

quedo.

—¡Inger, haz lo que te digo! Yo necesito hablar con ese repartidor.

—¿No comprendes que ya es demasiado tarde?

- ¡No sé si es demasiado tarde! He de intentar salvar lo que aún sea salvable. He de hacerlo... Es la humanidad entera la que está en peligro.

—Está bien. El deber de una esposa es seguir al marido... Me quedaré contigo.

Antes de que Herm pudiera replicar sonó el teléfono. Funcionaba todavía, y al otro lado se oyó la voz de Irving.

Estoy en la autopista urbana A-320, me dirijo a la Base II. Venga todo lo más de prisa que pueda, profesor. ¿Están bien?

—Sí, muchacho. Afortunadamente sí. Diré a Alina y a mi esposa que se preparen inmediatamente. Yo vendré más tarde. Krupmann ha encontrado al mensajero. Lo traen aquí.

—Olvídese ahora de esto, profesor. No hay tiempo que perder.

Herm se volvió hacia Krupmann para pedirle.

—Llévalas a la base II. Dile a Irving que no espere por mí.

—No puede quedarse —adujo Alina.

—Sólo veinte minutos. Dadme veinte minutos. Es todo lo que pido.

—Vamos, Alina. Te llevaré a la base —Krupmann la cogió por el brazo—, Y usted, señora Handers.

Inger fue imposible de convencer.

* * *

El agente Krupmann conducía el vehículo oficial. A su lado

Alina, alejados ya de la zona, observaba las destrucciones de los últimos sabotajes. La ciudad ofrecía un aspecto deplorable.

—Daremos un rodeo para evitar las ruinas —dijo el agente.

Al llegar a una vía importante una riada de automóviles cargados de gente que huía les impedía prácticamente su entrada en la arteria.

El agente dio la vuelta bruscamente:

—Buscaremos otro sitio, pero en aquel instante otro automóvil que venía en dirección opuesta les alcanzó por la parte de atrás obligándoles a dar la vuelta de ciento ochenta grados. Alina quedó ladeada ante la brusquedad del golpe. Sus ojos se habían fijado en algo que estaba sobre el asiento trasero. Un magnetófono.

Era uno de "aquéllos".

Sus ojos se dilataron. Krupmann lo advirtió, sonrió y dijo:

—¿Tú ya has visto uno igual, eh? A tu padre se lo mandaron. Pero él no lo escuchó. —Y cogió el magnetófono—. ¿Quieres oírlo tú?

—¡No! —exclamó ella, comprendiendo. Krupmann acentuó su sonrisa y repuso:

—Claro que sí. He vuelto a casa de los Handers para buscarte a ti. Ese científico o lo que sea con quien sales no te merece.

—Krupmann... Nos has engañado... Has oído esta música y...

—¡Y ahora la oirás tú! —Y el policía iba a conectar el botón, pero la muchacha reaccionó y trató de arrebatarle el aparato. Por un momento pareció que Krupmann iba a soltarlo, pero se hizo con él y forcejeó con Alina.

—Es inútil, Alina. Ya está decidido. Tú vendrás conmigo. Esa música te convencerá...

— ¡No y no! —Las manos de Alina se asieron a las del agente, pero éste más fuerte, logró dominarla, soltando el aparato.

La lucha se prolongó mientras el automóvil seguía atravesado en la calle.

Detrás dos coches pedían el paso a bocinazos. No les importaba

la lucha que sostenía la pareja en el interior del vehículo. Tenían prisa por huir.

Alina se sentía aprisionada por las fuertes manos del rubio agente que apretaba su cuello.

La muchacha se ahogaba.

En uno de sus esfuerzos por zafarse de aquel acoso, golpeó el botón que abría la portezuela del coche, y ésta se abrió.

Entonces, utilizando el pie, golpeó la pierna del agente que lanzando un grito soltó su presa.

Alina se echó hacia atrás cayendo a la calle. Krupmann trató de alcanzarla pero la muchacha se levantó rápidamente y huyó despavorida, mientras su agresor, jadeando de rabia, se colocó nuevamente al volante dispuesto a seguirla.

La muchacha corría desesperadamente, por entre la riada de coches que cruzaban la autopista urbana. A lo lejos le pareció ver un enorme vehículo arrastrando una nave espacial.

Krupmann quiso entrar a la fuerza entre la vorágine circulatoria. Los otros conductores ni se molestaron en esquivarle. El primer coche arremetió de lado contra el que conducía el agente. Otro le dio por la parte trasera y los que iban detrás chocaron en cadena. Los que pudieron sortear el peligro cruzaron veloces, mientras en la calzada se amontonaban los vehículos que iban chocando.

El agente había quedado aprisionado y seguían los golpes. La batería sufrió un contacto y de repente el motor comenzó a incendiarse. Krupmann no podía salir por más que lo intentase. Las portezuelas habían quedado atrancadas y vio como las llamas se aproximaban a su cuerpo. Lanzó un grito agudo. El grito de quien se sabe próximo a morir. Pero nadie acudió en su auxilio.

Alina, jadeante, había logrado cruzar hasta el centro de la calle. El gran camión se aproximaba, y cuando estuvo lo bastante cerca vio que era Irving quien lo conducía. Pensó que estaba salvada.

CAPITULO XVIII

Ahora el gran camión se hallaba detenido. A poca distancia, Irving salió de una cabina telefónica, la muchacha le esperaba fuera.

—Menos mal que funcionaba.

—¿Has hablado con los Handers?

—Sí. Les he contado lo que me has dicho. Se dirigen hacia la base.

—¡Era mentira, Irving! Era mentira. Krupmann les engañó para llevarme, con él...

—Bueno, bueno, cálmate —Irving la acarició intentando sustraerla de aquel estado de nerviosismo—. Y ahora vámonos. Ojalá lleguemos a tiempo, porque temo que esa base no va a durar mucho.

Conduciendo el camión avanzó todo lo de prisa que le permitía el denso tráfico. El temor de Irving era de que pudieran volar la base a la que se dirigía,

Al llegar a un desvío tomó la recta que le llevaba directamente a su punto de destino.

La base secundaria estaba desierta. El pánico había cundido y todas aquellas inmensas instalaciones permanecían abandonadas.

—Mira por aquella parte, Alina —le dijo él—. No es posible que se hayan ido todos. Necesitaré a alguien para despegar.

Buscaron ambos sin el menor resultado. No había nadie.

—¿No es posible despegar sin ayuda? —inquirió ella

—Yo sólo soy un novato, Alina. Supongo que puede hacerse, pero necesito los controles, todo... ¡Voy a ver!

Subió a la nave y comenzó a comprobar los distintos y complejos aparatos. Todo parecía estar en orden, pero había que hacer algunas comprobaciones con las pilas nucleares, comprobar la fuerza de despegue y un sinfín de preliminares que debían ser controlados desde la base.

Saltó de la nave y murmuró:

—Lo intentaré.

Empleó casi veinte minutos en dejar la nave a punto para el despegue. Ya sólo faltaban los Handers.

Alina miraba a través de un ventanal lateral y observó algo.

—Hay gente, Irving.

—¿Dónde?

- ¡Allí! —Señaló un hangar—. He visto a un par de hombres. Estoy segura.

—¡Quédate aquí! Quizá sean técnicos. —Y saltó de la nave en dirección a los hangares. Tras la carrera llegó junto a la oficina de control. No había nadie. Gritó:

—¡Eh! ¡Necesito a alguien! ¡Salgan, por favor!

A unos diez metros junto a la mampara de cristal que separaba la oficina había una puerta de la que arrancaba una escalera que se dirigía al sótano. Avanzó hacia allí. Vio luz y se asomó.

Aquella escalera conducía al sótano, donde estaban los servicios, las conexiones.

- ¡Eh! —volvió a gritar.

Por la explanada exterior se aproximaba el automóvil de los Handers que se dirigían hacia la nave. Alina los observó y asomo desde la nave haciéndoles señas.

Todo estaba ya a punto. Sólo faltaba que Irving regresara.

Pero Irving, tras bajar unos escalones, vio la figura de un

hombre que surgió a su espalda, cubriendo la puerta.

—¡Stamalikov!

Sí. Stamalikov con una sonrisa de triunfo en su rostro. Irving lo comprendió todo. Estaba allí para destruir la base. Subió para ir a su encuentro, pero tuvo que detenerse cuando le faltaban cuatro escalones para alcanzarle. Stamalikov le amenazaba con una pistola.

—No, querido Irving, no. Quédate dónde estás. ¿Pensabas huir? No. Nadie va a huir. Nadie.

—Debí haberte matado.

—Eres demasiado débil. Y el dominio nunca está en los débiles.

- ¡Estás loco! ¡Todos estáis locos! Sé que es imposible volveros la razón. ¡Está bien! Voladlo todo, pero yo saldré de aquí. —Subió un peldaño.
- ¡Quieto! Un paso más y disparo.

Irving oyó un cierto ruido abajo y comprendió que el compañero de Stamalikov estaba preparando las cargas en el sótano.

—Si pudieras comprender lo que estás haciendo. Sentirías asco de ti mismo...

—Al contrario. De quien siento asco es de vosotros. Los que tan inteligentes os creíais. Sois como ratas con inteligencia de insecto. Os arrastráis, os matáis estudiando técnicas que ya han sido superadas por una raza mayor. Ya ves que fácil resulta todo. Dentro de unos minutos esta base volará y tú te quedarás aquí con los restos de un mundo podrido.

Irving intentó moverse, pero vio como la firme diestra de Stamalikov le apuntaba a la cabeza. No tenía escapatoria. Si aquello volaba ya jamás podrían utilizar la nave.

Fue entonces cuando una voz llamó:

—¡Irving!

¡Era el profesor Handers!

Irving se volvió un instante, sorprendido. La oportunidad de Irving era mínima pero no pensó desaprovecharla.

—¡Cuidado, profesor! ¡Va armado! —gritó al tiempo que se echaba a los pies de su enemigo.

Cayeron ambos por la escalera fuertemente abrazados en una lucha a muerte. Stamalikov continuaba sujetando el arma con fuerza. Al enderezarse los dos hombres, Irving logró golpearle en el rostro. Su antagonista perdió el equilibrio y rodó hasta el rellano. Irving no quería proseguir aquella absurda lucha y trató de subir.

Stamalikov se había incorporado ya e iba a disparar contra la espalda de Irving.

—¡Cuidado! —gritó el profesor desde lo alto.

Irving se agachó instintivamente. Sonaron dos disparos. Uno había salido del arma de Stamalikov y fue a rebotar contra la metálica pared de la escalera. La otra bala la disparó el profesor alcanzando la cabeza del ex ayudante.

—¡Dios mío! —Handers tuvo que apoyarse en el vano de la puerta y miró a su arma como si aún no comprendiera lo que había hecho—. He tenido que disparar… Iba… a matarte —balbució.

—¡Vamos, profesor! ¡Hay otro hombre abajo! Tenemos que huir antes de que esto vuele.

* * *

No. No era fácil elevar la enorme nave sin los procedimientos técnicos habituales, y el profesor tuvo que intervenir como ayudante de Irving.

—Aceleración al máximo —dijo Irving.

—Es peligroso —murmuró el profesor—. Pero tienes razón. No podemos seguir aquí.

Alina informó:

- ¡Ya se va! ¡El hombre! Huye corriendo…

Sí. Era el compañero de Stamalikov que se alejaba de la base

después de realizar su trabajo.

—No tenemos mucho tiempo. Ponga el contacto, profesor.

—¡Contacto en marcha!

—¡Elevación!

—¡Ya!

Todos los mandos estaban en funcionamiento, pero la nave permaneció inmóvil.

- ¡No hay la suficiente aceleración! Si hubiera alguien en el control —se lamentó Irving.

—Hay que intentarlo otra vez.

Los minutos transcurrían. Aquello iba a estallar de un momento a otro. Irving procuraba controlarse. Precisaba la mayor exactitud en sus movimientos.

—Probemos ahora —dijo, y el profesor asintió.

—¡Contacto!

Herm Handers tiró de una palanca.

—¡Elevación! —dijo—. ¡Ya!

Toda la nave se estremeció. Las vibraciones llegaron al máximo, y al fin el gran artefacto se elevó majestuoso, alcanzando en tres segundos la velocidad habitual.

¡Lo habían conseguido!

* * *

Voló la base, pero ellos ya no pudieron verlo. Desde la estratosfera sí podía apreciarse el planeta envuelto en una densa humareda con muchos puntos brillantes. Era el fuego.

—Sólo nos queda una esperanza —murmuró Irving—. Salvar el

mayor número posible de vidas, si es que aún no es demasiado tarde.

EPILOGO

El material existente en el laboratorio del satélite, permanecía, intacto pese a que hacía años que no se utilizaba. El alto mando de los Asuntos Espaciales no había considerado oportuno continuar las investigaciones desde el satélite y ordenó el regreso de quienes habían estado trabajando allá arriba.

Los presupuestos estatales eran para cubrir proyectos que les parecían más ambiciosos y sin embargo era ahora cuando desde el satélite quizá sería posible hacer algo por el planeta Tierra.

Los dos científicos comenzaron a trabajar desde el primer momento.

Irving descubrió el armario de las provisiones a base de alimentos farmacólogos.

—Tendremos que alimentarnos de tabletas. Hay suficientes para una buena temporada —dijo Handers.

Tras una noche de trabajóles sorprendió el alba con toda la pureza de aquel mundo nuevo y solitario.

Handers ponía en práctica todos sus conocimientos para localizar la onda.

Irving cuidaba de efectuar todas las comprobaciones.

Menos mal que estaba bien equipado —murmuró el joven repasando los datos con una computadora.

Una especie de vector trabajaba para hallar aquella onda que conectaba con los magnetófonos repartidos.

Handers intentaba captar sonidos del planeta,

—Sólo explosiones. Aumentan de ritmo. Pronto no quedará nada.

— ¡Profesor! ¡Observe esto! —Irving acababa de detectar algo.

—Sí... Creo que es la misma frecuencia de onda. Lo comprobaré con el magnetófono.

Se había llevado consigo la grabación rectificada que consiguió en su casa y conectó un cable con uno de los aparatos. Al cabo de unos instantes, Irving, exclamó lleno de júbilo.

—¡Coinciden, profesor! ¡Lo hemos conseguido!

A través de una pantalla podía verse la onda desconocida en forma de línea luminosa. Otro punto igualmente luminoso iba en busca de ella.

—¡Hay que destruirla! —exclamó Handers.

Irving graduó el oscilómetro y el punto ligeramente azulado comenzó a dirigirse hacia el centro de la onda.

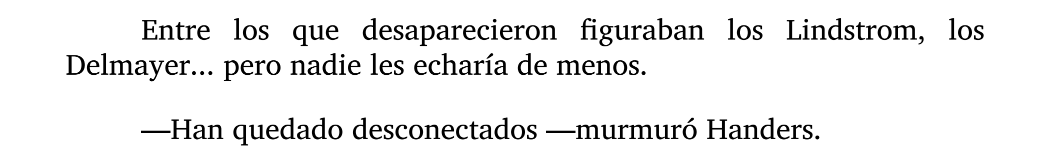
—Cuando la alcance, la hará desaparecer —comentó Handers.

Eran momentos expectantes que las dos mujeres no quisieron perderse, aunque ninguna de ellas entendiera ni poco ni mucho aquel mecanismo.

Al fin, el punto alcanzó la curvatura media de la onda. Se produjo un chasquido. Algo estalló en alguna parte aunque ellos no pudieron oírlo.

La onda había desaparecido.

En algún lugar del planeta, un extraño bólido lleno de gente se desintegró por completo.



Entre los que desaparecieron figuraban los Lindstrom, los Delmayer… pero nadie les echaría de menos.

—Han quedado desconectados —murmuró Handers.

—¿Ya no son peligrosos? —preguntó Alina,

Irving explicó:

—No. Su cerebro estaba alimentado por la onda que hemos destruido. Serán como autómatas sin rumbo porque les faltará el cerebro rector.

Y Handers puntualizó.

—Posiblemente morirán.

Luego intentaron ponerse en contacto con el planeta, pero fue inútil.

Las pantallas ofrecían imágenes borrosas, y algunas veces podía verse fugazmente la estampa de algún incendio.

—¿Has anotado bien los datos, Irving? —preguntó Handers.

—Sí, profesor.

—Bien. Yo opino que debemos quedarnos aquí durante algún tiempo hasta que podamos ver las cosas con mayor claridad. De momento hemos conseguido lo principal.

—Soy de su misma opinión, profesor —repuso Irving, pero…

—Piensas lo mismo que yo. ¿Verdad? Piensas que esto puede repetirse,

—Sí… Lo intentarán otra vez. Estoy seguro. Lo harán de otra forma pero lo harán.

Las mujeres se estremecieron. Alina se abrazó instintivamente a Irving, y Henders acarició a su esposa.

—Alguien tendrá que quedarse aquí —murmuró Handers—. Se podrían establecer períodos de guardia. ¿No te gusta, Ingers? No es un lugar muy divertido, pero al menos se respira aire puro.

Irving asintió:

—Yo me apunto, profesor. ¿Tienes algún inconveniente, Alina? Porque quisiera que me acompañaras.

—Sí —susurró ella luchando por sacudirse el pánico de los últimos momentos y se abrazó con mayor fuerza al hombre que había salvado momentáneamente al planeta Tierra.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.